

Lope de Vega

EL PERRO DEL HORTELANO

This edition of the play is intended to be a reliable edition but is, under no circumstances, to be considered as a thorough critical edition complete with variant readings, extensive notes, nor any of the valuable expository discussion that is usually found in such. Those who would like to study the play or to comment on it with greater security than can be claimed for this electronic edition should refer to one of the two modern critical editions of the work: the edition prepared by A. David Kossoff and published in Madrid by Castalia in 1970, or that prepared by Victor Dixon and published in London by Tamesis in 1981. Either of these editions should be easily found in any reasonable university library. In them you will also find a bibliography of early editions and manuscripts available for the play, cogent discussion of the work as literature, and a suggestive bibliography of articles about this *comedia*.

El perro del hortelano has also been the subject of many studies that have been published since these two editions were prepared. These items may be identified by reference to the valuable "Bibliography on the Comedia" published each fall in the *Bulletin of the Comediantes*.

A marvelous recent film, directed by Pilar Miró was made in Spain. One of the points the director made in preparing the film was that the original text of Lope de Vega was a lucid and performable text even in this modern media. That film is available on commercially published video. It can be obtained on loan from the video collection of the AHCT by members of that association. The video tape collection of the AHCT also contains tapes of a production in English translation, "*The Dog in the Manger*," as performed at the University of Dublin in 1986 under the direction of Victor Dixon and a second performance in English translation as performed by the Kitsilano Theater of Vancouver in 1994 for the annual "*Siglo de Oro Drama Festival*" at El Chamizal National Memorial in El Paso, Texas.

EL PERRO DEL HORTELANO

Personas que hablan en ella:

DIANA, condesa de Belflor
TEODORO, su secretario
OTAVIO, su mayordomo
FABIO, su gentilhombre
TRISTÁN, lacayo
ANARDA, dama
MARCELA, dama
DOROTEA, dama
FEDERICO, conde
LUDOVICO, conde
RICARDO, marqués
LEONIDO, criado

ANTONELO, lacayo
FURIO
LIRANO
CELIO, criado
CAMILO
Un PAJE

ACTO PRIMERO

Salen TEODORO y TRISTÁN; vienen huyendo

TEODORO: Huye, Tristán, por aquí.
TRISTÁN: Notable desdicha ha sido.
TEODORO: ¿Si nos habrá conocido?
TRISTÁN: No sé; presumo que sí.

Vanse. Sale DIANA

5 DIANA: ¡Ah gentilhombre!, esperad.
¡Teneos, oíd! ¿qué digo?
¿Esto se ha de usar conmigo?
Volved, mirad, escuchad.
10 ¡Hola! ¿No hay aquí un criado?
¡Hola! ¿No hay un hombre aquí?
Pues no es sombra lo que vi,
ni sueño que me ha burlado.
¡Hola! ¿Todos duermen ya?

Sale FABIO

15 FABIO: ¿Llama vuestra señoría?
DIANA: Para la cólera mía
gusto esa flema me da.
Corred, necio, enhoramala,
pues merecéis este nombre,
y mirad quién es un hombre
20 que salió de aquesta sala.
FABIO: ¿De esta sala?
DIANA: Caminad,
y responded con los pies.
FABIO: Voy tras él.
DIANA: Sabed quién es.
FABIO: ¿Hay tal traición, tal maldad?

Vase. Sale OTAVIO

25 OTAVIO: Aunque su voz escuchaba,
a tal hora no creía
que era vuestra señoría
quien tan aprisa llamaba.

DIANA: ¡Muy lindo Santelmo hacéis!
30 ¡Bien temprano os acostáis!
¡Con la flema que llegáis!
¡Qué despacio que os movéis!

Andan hombres en mi casa
a tal hora, y aún los siento
35 casi en mi propio aposento;
que no sé yo dónde pasa
tan grande insolencia, Otavio.
Y vos, muy a lo escudero,
cuando yo me desespero,
40 ¿así remediáis mi agravio?

OTAVIO: Aunque su voz escuchaba,
a tal hora no creía
que era vuestra señoría
quien tan aprisa llamaba.

45 DIANA: Volveos; que no soy yo;
acostaos; que os hará mal.

OTAVIO: Señora...

Sale FABIO

FABIO: No he visto tal.
Como un gavián partió.

DIANA: ¿Viste las señas?

FABIO: ¿Qué señas?

50 DIANA: ¿Una capa no llevaba
con oro?

FABIO: Cuando bajaba
la escalera...

DIANA: ¡Hermosas dueñas
sois los hombres de mi casa!

FABIO: A la lámpara tiró
55 el sombrero y la mató.
Con esto los patios pasa,
y en lo oscuro del portal
saca la espada y camina.

DIANA: Vos sois muy lindo gallina.

60 FABIO: ¿Qué querías?

DIANA: ¡Pesía tal!

OTAVIO: Cerrar con él y matalle.
Si era hombre de valor,

¿fuera bien echar tu honor
desde el portal a la calle?
65 DIANA: ¡De valor aquí! ¿Por qué?
OTAVIO: ¿Nadie en Nápoles te quiere,
que mientras casarse espere,
por dónde puede te ve?
70 ¿No hay mil señores que están,
para casarse contigo,
ciegos de amor? Pues bien digo,
si tú le viste galán,
y Fabio tirar bajando
a la lámpara el sombrero.
75 DIANA: Sin duda fue caballero
que, amando y solicitando,
vencerá con interés
mis criados; que criados
tengo, Otavio, tan honrados.
80 Pero yo sabré quién es.
Plumas llevaba el sombrero,
y en la escalera ha de estar.

A Fabio

Ve por él.
FABIO: ¿Si le he de hallar?
DIANA: Pues claro está, majadero;
85 que no había de bajarse
por él cuando huyendo fue.
FABIO: Luz, señora, llevaré.

Vase

DIANA: Si ello viene a averiguarse,
90 no me ha de quedar culpado
en casa.
OTAVIO: Muy bien harás;
pues cuando segura estás,
te han puesto en este cuidado.
95 Pero aunque es bachillería,
y más estando enojada,
hablarte en lo que te enfada,
ésta tu injusta porfía
de no te querer casar
causa tantos desatinos,
solicitando caminos
100 que te obligasen a amar.

OTAVIO: Duerme agora; que mañana
lo puedes averiguar.
140 DIANA: No me tengo de acostar,
no, por vida de Dïana,
hasta saber lo que ha sido.
Llama esas mujeres todas.

Vase FABIO

OTAVIO: Muy bien la noche acomodas.
DIANA: Del sueño, Otavio, me olvido
145 con el cuidado de ver
un hombre dentro en mi casa.

OTAVIO: Saber después lo que pasa
fuera discreción, y hacer
secreta averiguación.
150 DIANA: Sois, Otavio, muy discreto;
que dormir sobre un secreto
es notable discreción.

Salen FABIO, MARCELA, DOROTEA, ANARDA

FABIO: Las que importan he traído;
155 que las demás no sabrán
lo que deseas, y están
rindiendo al sueño el sentido.

Las de tu cámara solas
estaban por acostar.
ANARDA: (De noche se altera el mar, *Aparte*
160 y se enfurecen las olas.)

FABIO: ¿Quieres quedar sola?
DIANA: Sí.

Salíos los dos allá.

[FABIO habla] aparte a OTAVIO

FABIO: (¡Bravo examen!
OTAVIO: Loca está.
FABIO: Y sospechosa de mí.)

Vanse OTAVIO y FABIO

165 DIANA: Llégate aquí, Dorotea.
DOROTEA: ¿Qué manda vuseñoría?
DIANA: Que me dijese querría
quién esta calle pasea.

170 DOROTEA: Señora, el marqués Ricardo,
y algunas veces el conde
Paris.

DIANA: La verdad responde
de lo que decirte aguardo,
si quieres tener remedio.

175 DOROTEA: ¿Qué te puedo yo negar?
DIANA: ¿Con quién los has visto hablar?

DOROTEA: Si me pusieses en medio
de mil llamas, no podré
decir que, fuera de ti,
hablar con nadie los vi
180 que en aquesta casa esté.

DIANA: ¿No te han dado algún papel?
¿Ningún paje ha entrado aquí?

DOROTEA: Jamás.

DIANA: Apártate allí.

[MARCELA habla] aparte a ANARDA

MARCELA: (¡Brava inquisición!

185 ANARDA: Crüel.)

DIANA: Oye, Anarda.

ANARDA: ¿Qué me mandas?

DIANA: ¿Qué hombre es éste que salió...

ANARDA: ¿Hombre?

DIANA: ...de esta sala; y yo
sé los pasos en que andas.

190 ANARDA: ¿Quién le trajo a que me viese?
¿Con quién habla de vosotras?

No creas tú que en nosotras
tal atrevimiento hubiese.

195 DIANA: ¡Hombre, para verte a ti,
había de osar traer
criada tuya, ni hacer
esa traición contra ti!

No, señora, no lo entiendes.

200 DIANA: Espera, apártate más;
porque a sospechar me das,
si engañarme no pretendes,
que por alguna criada
este hombre ha entrado aquí.

205 ANARDA: El verte, señora, así,
y justamente enojada,
dejada toda cautela,
me obliga a decir verdad,

aunque contra la amistad
 que profeso con Marcela.
 Ella tiene a un hombre amor,
 y él se le tiene también;
 mas nunca he sabido quién.
 210 DIANA: Negarlo, Anarda, es error.
 Ya que confiesas lo más,
 ¿para qué niegas lo menos?
 215 ANARDA: Para secretos ajenos
 mucho tormento me das,
 sabiendo que soy mujer;
 mas basta que hayas sabido
 que por Marcela ha venido.
 220 Bien te puedes recoger;
 que es sólo conversación,
 y ha poco que se comienza.
 DIANA: ¡Hay tan crüel desvergüenza!
 ¡Buena andará la opinión
 225 de una mujer por casar!
 ¡Por el siglo, infame gente,
 del conde mi señor!
 ANARDA: Tente,
 y déjame disculpar;
 que no es de fuera de casa
 230 el hombre que habla con ella,
 ni para venir a vella
 por esos peligros pasa.
 DIANA: En efeto, ¿es mi criado?
 ANARDA: Sí, señora.
 DIANA: ¿Quién?
 ANARDA: Teodoro.
 235 DIANA: ¿El secretario?
 ANARDA: Yo ignoro
 lo demás; sé que han hablado.
 DIANA: Retírate, Anarda, allí.
 ANARDA: Muestra aquí tu entendimiento.
 DIANA: (Con más templanza me siento,
 240 sabiendo que no es por mí.) *Aparte*
 Marcela...
 MARCELA: Señora...
 DIANA: Escucha.
 MARCELA: ¿Qué mandas? (Temblando llego.) *Aparte*
 DIANA: ¿Eres tú de quien fiaba
 mi honor y mis pensamientos?
 245 MARCELA: Pues ¿qué te han dicho de mí,

sabiendo tú que profeso
la lealtad que tú mereces?
DIANA: ¿Tú, lealtad?
MARCELA: ¿En qué te ofendo?
DIANA: 250 ¿No es ofensa que en mi casa,
y dentro de mi aposento,
entre un hombre a hablar contigo?
MARCELA: Está Teodoro tan necio
que donde quiera me dice
dos docenas de requiebros.
DIANA: 255 ¿Dos docenas? ¡Bueno a fe!
Bendiga el buen año el cielo,
pues se venden por docenas.
MARCELA: Quiero decir que, en saliendo
o entrando, luego a la boca
260 traslada sus pensamientos.
DIANA: ¿Traslada? Término extraño.
¿Y qué te dice?
MARCELA: No creo
que se me acuerde.
DIANA: Sí hará.
MARCELA: 265 Una vez dice, «Yo pierdo
el alma por esos ojos».
Otra, «Yo vivo por ellos;
esta noche no he dormido,
desvelando mis deseos
270 en tu hermosura». Otra vez
me pide sólo un cabello
para atarlos, porque estén
en su pensamiento quedos.
Mas ¿para qué me preguntas
niñerías?
DIANA: 275 Tú a lo menos
bien te huelgas.
MARCELA: No me pesa;
porque de Teodoro entiendo
que estos amores dirige
a fin tan justo y honesto,
como el casarse conmigo.
DIANA: 280 Es el fin del casamiento
honesto blanco de amor.
¿Quieres que yo trate de esto?
MARCELA: ¡Qué mayor bien para mi!
Pues ya, señora, que veo
285 tanta blandura en tu enojo
y tal nobleza en tu pecho,

290 te aseguro que le adoro,
porque es el mozo más cuerdo,
más prudente y entendido,
más amoroso y discreto,
que tiene aquesta ciudad.
DIANA: Ya sé yo su entendimiento
del oficio en que me sirve.
MARCELA: Es diferente el sujeto
295 de una carta, en que les pruebas
a dos títulos tu deudo,
de verle hablar más de cerca,
en estilo dulce y tierno,
razones enamoradas.
300 DIANA: Marcela, aunque me resuelvo
a que os caséis, cuando sea
para ejecutarlo tiempo,
no puedo dejar de ser
305 quien soy, como ves que debo
a mi generoso nombre;
porque no fuera bien hecho
daros lugar en mi casa.
(Sustentar mi enojo quiero.) *Aparte*
310 Pues ya que todos lo saben,
tú podrás con más secreto
proseguir ése tu amor;
que en la ocasión yo me ofrezco
a ayudaros a los dos;
que Teodoro es hombre cuerdo,
315 y se ha criado en mi casa;
y a ti, Marcela, te tengo
la obligación que tú sabes,
y no poco parentesco.
MARCELA: A tus pies tienes tu hechura.
320 DIANA: Vete.
MARCELA: Mil veces los beso.
DIANA: Dejadme sola.

[ANARDA habla] aparte a MARCELA

ANARDA: (¿Qué ha sido?)
MARCELA: Enojos en mi provecho.
DOROTEA: ¿Sabe tus secretos ya?
MARCELA: Sí sabe, y que son honestos.)

*MARCELA, DOROTEA y ANARDA hacen tres reverencias a
la condesa, y se van*

325 DIANA: Mil veces he advertido en la belleza,
gracia y entendimiento de Teodoro,
que a no ser desigual a mi decoro,
estimara su ingenio y gentileza.
330 Es el amor común naturaleza;
mas yo tengo mi honor por más tesoro,
que los respetos de quien soy adoro,
y aun el pensarlo tengo por bajeza.
La envidia bien sé yo que ha de quedarme;
335 que si la suelen dar bienes ajenos,
bien tengo de que pueda lamentarme,
porque quisiera yo que, por lo menos,
Teodoro fuera más, para igualarme,
o yo, para igualarle, fuera menos.

Vase DIANA. Salen TEODORO Y TRISTÁN

340 TEODORO: No he podido sosegar.
TRISTÁN: Y aun es con mucha razón;
que ha de ser tu perdición
si lo llega a averiguar.
Díjete que la dejaras
acostar, y no quisiste.
345 TEODORO: Nunca el amor se resiste.
TRISTÁN: Tiras, pero no reparas.
TEODORO: Los diestros lo hacen ansí.
TRISTÁN: Bien sé yo que si lo fueras,
el peligro conocieras.
350 TEODORO: ¿Si me conoció?
TRISTÁN: No y sí;
que no conoció quién eras,
y sospecha le quedó.
TEODORO: Cuando Fabio me siguió
355 bajando las escaleras,
fue milagro no matarle.
TRISTÁN: ¡Qué lindamente tiré
mi sombrero a la luz!
TEODORO: Fue
detenerle y deslumbrarle,
360 porque si adelante pasa,
no le dejara pasar.
TRISTÁN: Dije a la luz al bajar,
«Di que no somos de casa»;
y respondiíme: «Mentís».
Alcé y tiréle el sombrero;
365 ¿quedé agraviado?

TEODORO: Hoy espero
mi muerte.

TRISTÁN: Siempre decís
esas cosas los amantes
cuando menos pena os dan.

TEODORO: Pues ¿qué puedo hacer, Tristán,
370 en peligros semejantes?

TRISTÁN: Dejar de amar a Marcela,
pues la condesa es mujer
que si lo llega a saber,
no te ha de valer cautela
375 para no perder su casa.

TEODORO: Y ¿no hay más sino olvidar?

TRISTÁN: Liciones te quiero dar
de cómo el amor se pasa.

TEODORO: ¿Ya comienzas desatinos?

380 TRISTÁN: Con arte se vence todo:
oye, por tu vida, el modo
por tan fáciles caminos.
Primeramente has de hacer
resolución de olvidar,
385 sin pensar que has de tornar
eternamente a querer;
que si te queda esperanza
de volver, no habrá remedio
de olvidar; que si está en medio
390 la esperanza, no hay mudanza.
¿Por qué piensas que no olvida
luego un hombre a una mujer?
Porque, pensando volver,
va entreteniendo la vida.
395 Ha de haber resolución
dentro del entendimiento,
con que cesa el movimiento
de aquella imaginación.
¿No has visto faltar la cuerda
400 de un reloj, y estarse quedas
sin movimiento las ruedas?
Pues de esa suerte se acuerda
el que tienen las potencias,
cuando la esperanza falta.

405 TEODORO: Y la memoria, ¿no salta
luego a hacer mil diligencias,
despertando el sentimiento
a que del bien no se prive?

TRISTÁN: Es enemigo que vive

410 asido al entendimiento,
como dijo la canción
de aquel español poeta;
mas por eso es linda treta
vencer la imaginación.

TEODORO:
415 TRISTÁN: ¿Cómo?
Pensando defetos,
y no gracias; que olvidando,
defetos están pensando
que no gracias, los discretos.

420 No la imagines vestida
con tan linda proporción
de cintura, en el balcón
de unos chapines subida.

Toda es vana arquitectura;
425 porque dijo un sabio un día
que a los sastres se debía
la mitad de la hermosura.

Como se ha de imaginar
una mujer semejante,
430 es como un disciplinante
que le llevan a curar.

Esto sí; que no adornada
del costoso faldellín.
Pensar defetos, en fin,
435 es medicina aprobada.

Si de acordarte que veías
alguna vez una cosa
que te pareció asquerosa,
no comes en treinta días;
440 acordándote, señor,
de los defetos que tiene,
si a la memoria te viene,
se te quitará el amor.

TEODORO:
445 ¡Qué grosero cirujano!
¡Qué rústica curación!
Los remedios al fin son
como de tu tosca mano.

Médico empírico eres;
no has estudiado, Tristán.
Yo no imagino que están
450 de esa suerte las mujeres,
sino todas cristalinas,
como un vidrio transparentes.

TRISTÁN:
¡Vidrio! Sí, muy bien lo sientes,
si a verlas quebrar caminas;

455 mas si no piensas pensar
defetos, pensarte puedo,
 porque ya he perdido el miedo
 de que podrás olvidar.

460 Pardiez, yo quise una vez,
con esta cara que miras,
a una alforja de mentiras,
 años cinco veces diez;
 y entre otros dos mil defetos,
 cierta barriga tenía,
465 que encerrar dentro podía,
sin otros mil parapetos,
 cuantos legajos de pliegos
 algún escritorio apoya,
 pues como el caballo en Troya
470 pudiera meter cien griegos.
 ¿No has oído que tenía
 cierto lugar un nogal,
 que en el tronco un oficial
 con mujer y hijos cabía,
475 y aun no era la casa escasa?
Pues de esa misma manera,
 en esta panza cupiera
 un tejedor y su casa.

480 Y queriéndola olvidar
—que debió de convenirme—,
 dio la memoria en decirme
 que pensase en blanco azar,
 en azucena y jazmín,
 en marfil, en plata, en nieve,
485 y en la cortina, que debe
de llamarse el faldellín,
 con que yo me deshacía.

 Mas tomé más cuerdo acuerdo,
 y di en pensar, como cuerdo,
490 lo que más le parecía;
 cestos de calabazones,
 baúles viejos, maletas
 de cartas para estafetas,
 almofrejes y jergones;
495 con que se trocó en desdén
el amor y la esperanza,
 y olvidé la dicha panza
 por siempre jamás amén;
 que era tal, que en los dobleces,
500 y no es mucho encarecer,

se pudieran esconder
cuatro manos de almireces.

TEODORO: En las gracias de Marcela
no hay defetos que pensar.
Yo no la pienso olvidar.

505

TRISTÁN: Pues a tu desgracia apela,
y sigue tan loca empresa.

TEODORO: Toda es gracias: ¿qué he de hacer?

TRISTÁN: Pensarlas hasta perder
la gracia de la condesa.

510

Sale DIANA

DIANA: Teodoro

TEODORO: (La misma es.)

Aparte

DIANA: Escucha.

TEODORO: A tu hechura manda.

TRISTÁN: (Si en averiguarlo anda,
de casa volamos tres.) *Aparte*

515 DIANA: Hame dicho cierta amiga
que desconfía de sí
que el papel que traigo aquí
le escriba. A hacerlo me obliga
la amistad, aunque yo ignoro,
520 Teodoro, cosas de amor;
y que le escribas mejor
vengo a decirte, Teodoro.
Toma y léele.

520

TEODORO: Si aquí,
señora, has puesto la mano,
525 igualarle fuera en vano,
y fuera soberbia en mí.

525

Sin verle, pedirte quiero
que a esa señora le envíes.
Léele.

DIANA:

TEODORO: Que desconfíes
530 me espanto: aprender espero
estilo que yo no sé;
que jamás traté de amor.

530

DIANA: ¿Jamás, jamás?

TEODORO: Con temor
de mis defetos, no amé;
535 que soy muy desconfiado.

535

DIANA: Y se puede conocer
de que no te dejas ver,
pues que te vas rebozado.

TEODORO: ¡Yo, señora! ¿Cuándo o cómo?
540 DIANA: Dijéronme que salió
 anoche acaso, y te vio
 rebozado el mayordomo.
TEODORO: Andaríamos burlando
545 Fabio y yo, como solemos,
 que mil burlas nos hacemos.
DIANA: Lee, lee.
TEODORO: Estoy pensando
 que tengo algún envidioso.
DIANA: Celoso podría ser.
 Lee, lee.
TEODORO: Quiero ver
550 ese ingenio milagroso.

Lee

«Amar por ver amar, envidia ha sido;
y primero que amar estar celosa
es invención de amor maravillosa,
y que por imposible se ha tenido.
555 De los celos mi amor ha procedido
por pesarme que, siendo más hermosa,
no fuese en ser amada tan dichosa,
que hubiese lo que envidio merecido.
Estoy sin ocasión desconfiada,
560 celosa sin amor, aunque sintiendo:
debo de amar, pues quiero ser amada.
Ni me dejo forzar ni me defiendo;
darme quiero a entender sin decir nada:
entiéndame quien puede; yo me entiendo».

565 DIANA: ¿Qué dices?
TEODORO: Que si esto es
a propósito del dueño,
no he visto cosa mejor;
mas confieso que no entiendo
570 cómo puede ser que amor
venga a nacer de los celos,
pues que siempre fue su padre.
DIANA: Porque esta dama, sospecho
que se agradaba de ver
este galán, sin deseo;
575 y viéndole ya empleado
en otro amor, con los celos
vino a amar y a desear.

Que a quien juega, nunca faltan,
 de esto o de aquello, dineros.
 Antiguamente los reyes
 algún oficio aprendieron,
 620 por, si en la guerra o la mar
 perdían su patria y reino,
 saber con qué sustentarse:
 ¡dichosos los que pequeños
 625 aprendieron a jugar!
 Pues en faltando, es el juego
 un arte noble que gana
 con poca pena el sustento.
 Verás un grande pintor,
 630 acrisolando el ingenio,
 hacer una imagen viva,
 y decir el otro necio
 que no vale diez escudos;
 y que el que juega, en diciendo
 635 «paro», con salir la suerte,
 le sale a ciento por ciento.
 En fin, ¿no juega?
 DIANA: Es cuitado.
 TRISTÁN: A la cuenta será cierto
 DIANA: tener amores.
 TRISTÁN: ¡Amores!
 640 ¡Oh qué donaire! Es un hielo.
 DIANA: Pues un hombre de su talle,
 galán, discreto y mancebo,
 ¿no tiene algunos amores
 de honesto entretenimiento?
 645 TRISTÁN: Yo trato en paja y cebada,
 no en papeles y requiebros.
 De día te sirve aquí;
 que está ocupado sospecho.
 DIANA: Pues ¿nunca sale de noche?
 650 TRISTÁN: No le acompaño; que tengo
 una cadera quebrada.
 DIANA: ¿De qué, Tristán?
 TRISTÁN: Bien te puedo
 responder lo que responden
 las malcasadas, en viendo
 655 cardenales en su cara
 del mojicón de los celos:
 «Rodé por las escaleras».
 DIANA: ¿Rodaste?
 TRISTÁN: Por largo trecho.

660 Con las costillas conté
los pasos.

DIANA: Forzoso es eso,
si a la lámpara, Tristán,
le tirabas el sombrero.

TRISTÁN: (¡Oxte, puto! ¡Vive Dios,
que se sabe todo el cuento!) *Aparte*

665 DIANA: ¿No respondes?
TRISTÁN: Por pensar
cuándo..., pero ya me acuerdo:
Anoche andaban en casa
unos murciélagos negros;
el sombrero les tiraba,
670 fuese a la luz uno de ellos,
y acerté, por dar en el,
en la lámpara, y tan presto
por la escalera rodé,
que los dos pies se me fueron.

675 DIANA: Todo está muy bien pensado;
pero un libro de secretos
dice que es buena la sangre
para quitar el cabello,
de esos murciélagos digo;
680 y haré yo sacarla luego,
si es cabello la ocasión,
para quitarla con ellos.

TRISTÁN: (¡Vive Dios, que hay chamusquina,
y que por murciegalero *Aparte*
me pone en una galera!)

685 DIANA: (¡Qué traigo de pensamientos! *Aparte*

Sale FABIO

FABIO: Aquí está el marqués Ricardo.
DIANA: Poned esas sillas luego.

Salen RICARDO y CELIO, y vanse FABIO y TRISTÁN

690 RICARDO: Con el cuidado que el amor, Diana,
pone en un pecho que aquel fin desea
que la mayor dificultad allana,
el mismo quiere que te adore y vea:
solicito mi causa, aunque por vana
esta ambición algún contrario crea,
695 que dando más lugar a su esperanza,
tendrá menos amor que confianza.

700 Está vuseñoría tan hermosa,
que estar buena el mirarla me asegura;
que en la mujer--y es bien pensada cosa--
la más cierta salud es la hermosura;
que en estando gallarda, alegre, airosa,
es necedad, es ignorancia pura,
llegar a preguntarle si está buena,
que todo entendimiento la condena.

705 Sabiendo que lo estáis, como lo dice
la hermosura, Diana, y la alegría,
de mí, si a la razón no contradice,
saber, señora, cómo estoy querría.
710 DIANA: Que vuestra señoría solemnice
lo que en Italia llaman gallardía
por hermosura, es digno pensamiento
de su buen gusto y claro entendimiento.

715 RICARDO: Que me pregunte cómo está, no creo
que soy tan dueño suyo que lo diga.
Quien sabe de mi amor y mi deseo
el fin honesto a este favor se obliga.
A vuestros deudos inclinados veo
para que en lo tratado se prosiga;
720 sólo falta, señora, vuestro acuerdo,
porque sin él las esperanzas pierdo.

 Si, como soy señor de aquel estado
que con igual nobleza heredé agora,
lo fuera desde el sur más abrasado
a los primeros paños del aurora;
725 si el oro, de los hombres adorado,
las congeladas lágrimas que llora
el cielo, o los diamantes orientales
que abrieron por el mar caminos tales

730 tuviera yo, lo mismo os ofreciera;
y no dudéis, señora, que pasara
adonde el sol apenas luz me diera,
como a sólo serviros importara:
en campañas de sal pies de madera
por las remotas aguas estampara,
735 hasta llegar a las australes playas,
del humano poder últimas rayas.

 DIANA: Creo, señor marqués, el amor vuestro;
y satisfecha de nobleza tanta,
haré tratar el pensamiento nuestro,
740 si al conde Federico no le espanta.

 RICARDO: Bien sé que en trazas es el conde diestro,
porque en ninguna cosa me adelanta;

mas yo fío de vos que mi justicia
los ojos cegará de su malicia.

Sale TEODORO

745 TEODORO: Ya lo que mandas hice.
RICARDO: Si ocupada
vuseñoría está, no será justo
hurtarle el tiempo.
DIANA: No importara nada,
puesto que a Roma escribo.
RICARDO: No hay disgusto
como en día de cartas dilatada
750 visita.
DIANA: Sois discreto.
RICARDO: En daros gusto.

[RICARDO habla] aparte [a CELIO]

CELIO: (Celio, ¿qué te parece?
Que quisiera
que ya tu justo amor premio tuviera.)

Vanse RICARDO y CELIO

DIANA: ¿Escribiste?
TEODORO: Ya escribí,
aunque bien desconfiado;
755 mas soy mandado y forzado.
DIANA: Muestra.
TEODORO: Lee.
DIANA: Dice así:

Lee

760 «Querer por ver querer envidia fuera,
si quien lo vio sin ver amar no amara,
porque si antes de ver, no amar pensara,
después no amara, puesto que amar viera.
Amor, que lo que agrada considera
en ajeno poder, su amor declara;
que como la color sale a la cara,
sale a la lengua lo que al alma altera.
765 No digo más, porque lo mis ofendo
desde lo menos, si es que desmerezco
porque del ser dichoso me defiendo.

770 Esto que entiendo solamente ofrezco;
que lo que no merezco no lo entiendo,
por no dar a entender que lo merezco».

DIANA: Muy bien guardaste el decoro.

TEODORO: ¿Búrlaste?

DIANA: ¡Pluguiera a Dios!

TEODORO: ¿Qué dices?

DIANA: Que de los dos,
el tuyo vence, Teodoro.

775 TEODORO: Pésame, pues no es pequeño
principio de aborrecer
un criado, el entender
que sabe más que su dueño.

780 De cierto rey se contó
que le dijo a un gran privado:
«Un papel me da cuidado,
y si bien le he escrito yo,
quiero ver otro de vos,
y el mejor escoger quiero».

785 Escribióle el caballero,
y fue el mejor de los dos.

790 Como vio que el rey decía
que era su papel mejor,
y djóle al mayor
hijo, de tres que tenía:

795 «Vámonos del reino luego;
que en gran peligro estoy yo».
El mozo le preguntó
la causa, turbado y ciego;

795 y respondióle: «Ha sabido
el rey que yo sé más que él;
--que es lo que en este papel
me puede haber sucedido.

800 DIANA: No, Teodoro; que aunque digo
que es el tuyo más discreto,
es porque sigue el conceto
de la materia que sigo;

805 y no para que presuma
tu pluma que, si me agrada,
pierdo el estar confiada
de los puntos de mi pluma.

810 Fuera de que soy mujer
a cualquier error sujeta,
y no sé si muy discreta,
como se me echa de ver.

Desde lo menos, aquí
 dices que ofendes lo más;
 y amando, engañado estás,
 porque en amor no es así;
 815 que no ofende un desigual
 amando, pues sólo entiendo
 que se ofende aborreciendo.
 TEODORO: Ésa es razón natural;
 820 mas pintaron a Faetonte
 y a Ícaro despeñados,
 uno en caballos dorados,
 precipitado en un monte;
 y otro, con alas de cera,
 825 derretido en el crisol
 del sol.
 DIANA: No lo hiciera el sol
 si, como es sol, mujer fuera.
 Si alguna dama quisieres
 alta, sírvela y confía;
 830 que amor no es más que porfía:
 no son piedras las mujeres.
 Yo me llevo este papel;
 que despacio me conviene
 verle.
 TEODORO: Mil errores tiene.
 DIANA: No hay error ninguno en él.
 835 TEODORO: Honras mi deseo; aquí
 traigo el tuyo.
 DIANA: Pues allá
 le guarda..., aunque bien será
 rasgarle.
 TEODORO: ¿Rasgarle?
 DIANA: Sí;
 840 que no importa. ¿Que se pierda,
 si se puede perder más?

Vase [DIANA]

TEODORO: Fuése. ¿Quién pensó jamás
 de mujer tan noble y cuerda
 este arrojarse tan presto
 a dar su amor a entender?
 845 Pero también puede ser
 que yo me engañase en esto.
 Mas, ¿no me ha dicho jamás,
 ni a lo menos se me acuerda?

850 «Pues ¿qué importa que se pierda,
si se puede perder más?»
«Perder más», bien puede ser
por la mujer que decía...
—Mas todo es bachillería,
y ella es la misma mujer.
855 Aunque no; que la condesa
es tan discreta y tan varia,
que es la cosa más contraria
de la ambición que profesa.
860 Sírvenga príncipes hoy
en Nápoles, que no puedo
ser su esclavo. Tengo miedo,
que en grande peligro estoy.
Ella sabe que a Marcela
865 sirvo, pues aquí ha fundado
el engaño y me ha burlado...
Pero en vano se recela
mi temor, porque jamás
burlando salen colores.
¿Y el decir con mil temores
870 que se puede perder más?
¿Qué rosa, al llorar la aurora,
hizo de las hojas ojos,
abriendo los labios rojos
con risa a ver cómo llora,
875 como ella los puso en mí,
bañada en púrpura y grana;
o qué pálida manzana
se esmaltó de carmesí?
Lo que veo y lo que escucho,
880 yo lo juzgo —o estoy loco—
para ser de veras poco,
y para de burlas mucho.
Mas teneos, pensamiento,
que os vais ya tras la grandeza,
885 aunque si digo belleza,
bien sabéis vos que no miento;
que es bellísima Diana,
y en discreción sin igual.

Sale MARCELA

MARCELA: ¿Puedo hablarte?
TEODORO: Ocasión tal
890 mil imposibles allana;

que por ti, Marcela mía,
la muerte me es agradable.
MARCELA: Como yo te vea y hable
dos mil vidas perdería.
895 Estuve esperando el día.
como el pajarillo solo;
y cuando vi que en el polo
que Apolo más presto dora,
le despertaba la aurora,
900 dije: «Yo veré mi Apolo».
Grandes cosas han pasado;
que no se quiso acostar
la condesa hasta dejar
satisfecho su cuidado.
905 Amigas que han envidiado
mi dicha con deslealtad,
le han contado la verdad;
que entre quien sirve, aunque veas
que hay amistad, no lo creas,
910 porque es fingida amistad.
Todo lo sabe en efeto;
que si es Dïana la luna,
siempre a quien ama importuna,
salió y vio nuestro secreto.
915 Pero será, te prometo,
para mayor bien, Teodoro;
que del honesto decoro
con que tratas de casarte
le di parte, y dije aparte
920 cuán tiernamente te adoro.
Tus prendas le encarecí
tu estilo, tu gentileza;
y ella entonces su grandeza
mostró tan piadosa en mí,
925 que se alegró de que en ti
hubiese los ojos puesto,
y de casarnos muy presto
palabra también me dio,
luego que de mi entendió
930 que era tu amor tan honesto.
Yo pensé que se enojara
y la casa revolviera,
que a los dos nos despidiera
y a los demás castigara;
935 mas su sangre ilustre y clara,
y aquel ingenio en efeto

TEODORO: Dije, señora, a Marcela
que anoche salí de aquí
con tanto disgusto y pena
de que vuestra señoría
980 imaginase en su ofensa
este pensamiento honesto
para casarme con ella
que me he pensado morir;
y dándome por respuesta
985 que mostrabas en casarnos
tu piedad y tu grandeza,
dile mis brazos; y advierte
que si mentirte quisiera,
no me faltara un engaño;
990 pero no hay cosa que venza,
como decir la verdad,
a una persona discreta.

DIANA: Teodoro, justo castigo
la deslealtad mereciera
995 de haber perdido el respeto
a mi casa; y la nobleza
que usé anoche con los dos
no es justo que parte sea
a que os atreváis así;
1000 que en llegando a desvergüenza
el amor, no hay privilegio
que al castigo le defienda.
Mientras no os casáis los dos,
mejor estará Marcela
1005 cerrada en un aposento;
que no quiero yo que os vean
juntos las demás criadas,
y que por ejemplo os tengan
para casárseme todas.
1010 ¡Dorotea! ¡Ah Dorotea!

Sale DOROTEA

DOROTEA: Señora...
DIANA: Toma esta llave,
y en mi propia cuadra encierra
a Marcela; que estos días
podrá hacer labor en ella.
1015 No diréis que esto es enojo.

[DOROTEA habla] aparte a [MARCELA]

DOROTEA: (¿Qué es esto, Marcela?
MARCELA: Fuerza
de un poderoso tirano
y una rigurosa estrella.
Enciérrame por Teodoro.
1020 DOROTEA: Cárcel aquí no la temas,
y para puertas de celos
tiene amor llave maestra.)

Vanse MARCELA y DOROTEA

DIANA: En fin, Teodoro, ¿tú quieres
casarte?
1025 TEODORO: Yo no quisiera
hacer cosa sin tu gusto;
y créeme, que mi ofensa
no es tanta como te han dicho;
que bien sabes que con lengua
1030 de escorpión pintan la envidia;
y que si Ovidio supiera
qué era servir no en los campos,
no en las montañas desiertas
pintara su oscura casa;
que aquí habita y aquí reina.
1035 DIANA: Luego ¿no es verdad que quieres
a Marcela?
TEODORO: Bien pudiera
vivir sin Marcela yo.
DIANA: Pues dícame que por ella
pierdes el seso.
1040 TEODORO: Es tan poco,
que no es mucho que le pierda;
mas crea vuseñoría
que, aunque Marcela merezca
esas finezas en mí,
no ha habido tantas finezas.
1045 DIANA: Pues ¿no le has dicho requiebros
tales que engañar pudieran
a mujer de más valor?
TEODORO: Las palabras poco cuestan.
DIANA: ¿Qué le has dicho, por mi vida?
1050 ¿Cómo, Teodoro, requiebran
los hombres a las mujeres?
TEODORO: Como quien ama y quien ruega,
vistiendo de mil mentiras
una verdad, y ésa apenas.

1055 DIANA: Sí; pero ¿con qué palabras?
TEODORO: Extrañamente me aprieta
vuseñoría. «Esos ojos,
le dije, esas niñas bellas,
son luz con que ven los míos;
1060 y los corales y perlas
de esa boca celestial...»
DIANA: ¿Celestial?
TEODORO: Cosas como éstas
son la cartilla, señora,
de quien ama y quien desea.
1065 DIANA: Mal gusto tienes, Teodoro.
No te espantes de que pierdas
hoy el crédito conmigo,
porque sé yo que en Marcela
hay más defetos que gracias,
1070 como la miro más cerca.
Sin esto, porque no es limpia,
no tengo pocas pependencias
con ella... Pero no quiero
desenamorate de ella;
1075 que bien pudiera decirte
cosas... Pero aquí se quedan
sus gracias o sus desgracias;
que yo quiero que la quieras,
y que os caséis en buen hora.
1080 Mas pues de amador te precias,
dame consejo, Teodoro,
ansí a Marcela poseas,
para aquella amiga mía,
que ha días que no sosiega
1085 de amores de un hombre humilde.
Porque si en quererle piensa,
ofende su autoridad;
y si de quererle deja,
pierde el jüicio de celos;
1090 que el hombre, que no sospecha
tanto amor, anda cobarde,
aunque es discreto, con ella.
TEODORO: Yo, señora, ¿sé de amor?
No sé, por Dios, cómo pueda
1095 aconsejarte.
DIANA: ¿No quieres,
como dices, a Marcela?
¿No le has dicho esos requiebros?
Tuvieran lenguas las puertas,

que ellas dijeran...
 TEODORO: No hay cosa
 1100 que decir las puertas puedan.
 DIANA: Ea, que ya te sonrojas,
 y lo que niega la lengua,
 confiesas con las colores.
 TEODORO: Si ella te lo ha dicho, es necia.
 1105 Una mano le tomé,
 y no me quedé con ella,
 que luego se la volví;
 no sé yo de qué se queja.
 DIANA: Sí, pero hay manos que son
 1110 como la paz de la Iglesia,
 que siempre vuelven besadas.
 TEODORO: Es necísima Marcela.
 Es verdad que me atreví
 1115 pero con mucha vergüenza,
 a que templase la boca
 con nieve y con azucenas.
 DIANA: ¿Con azucenas y nieve?
 Huelgo de saber que templa
 1120 ese emplasto el corazón.
 Ahora bien, ¿qué me aconsejas?
 TEODORO: Que si esa dama que dices
 hombre tan bajo desea,
 y de quererle resulta
 1125 a su honor tanta bajeza,
 haga que con un engaño,
 sin que la conozca, pueda
 gozarle.
 DIANA: Queda el peligro
 de presumir que lo entienda.
 ¿No será mejor matarle?
 1130 TEODORO: De Marco Aurelio se cuenta
 que dio a su mujer Faustina,
 para quitarle la pena,
 sangre de un esgrimidor;
 pero estas romanas pruebas
 1135 son buenas entre gentiles.
 DIANA: Bien dices; que no hay Lucrecias;
 ni Torcatos ni Virginios
 en esta edad; y en aquélla
 1140 hubo Faustinas, Teodoro,
 Mesalinas y Popeas.
 Escíbeme algún papel
 que a este propósito sea,

y queda con Dios.

[Se] cae [DIANA]

¡Ay Dios!

1145

Caí. ¿Qué me miras? Llega,
dame la mano.

TEODORO:

El respeto
me detuvo de ofrecerla.

DIANA:

¡Qué graciosa grosería!
¡Que con la capa la ofrezcas!

TEODORO:

1150

Así cuando vas a misa
te la da Otavio.

DIANA:

Es aquella
mano que yo no le pido,
y debe de haber setenta
años que fue mano, y viene
amortajada por muerta.

1155

Aguardar quien ha caído
a que se vista de seda,
es como ponerse un jaco
quien ve al amigo en pendencia;
que mientras baja, le han muerto.

1160

Demás que no es bien que tenga
nadie por más cortesía,
aunque melindres lo aprueban,
que una mano, si es honrada,
traiga la cara cubierta.

1165

TEODORO:

Quiero estimar la merced
que me has hecho.

DIANA:

Cuando seas
escudero, la darás
en el ferreruelo envuelta;
que agora eres secretario:
con que te he dicho que tengas
secreta aquesta caída,
si levantarte deseas.

1170

Vase

TEODORO:

1175

¿Puedo creer que aquesto es verdad? Puedo,
si miro que es mujer Diana hermosa.
Pidió mi mano, y la color de rosa,
al dársela, robó del rostro el miedo.

Tembló, yo lo sentí: dudoso quedo.
¿Qué haré? Seguir mi suerte venturosa;

1180 si bien, por ser la empresa tan dudosa,
niego al temor lo que al valor concedo.
Mas dejar a Marcela es caso injusto;
que las mujeres no es razón que esperen
de nuestra obligación tanto disgusto.
1185 Pero si ellas nos dejan cuando quieren
por cualquiera interés o nuevo gusto,
mueran también como los hombres mueren.

ACTO SEGUNDO

Salen El Conde FEDERICO y LEONIDO

FEDERICO: ¿Aquí la viste?
LEONIDO: Aquí entró,
1190 como el alba por un prado,
que a su tapete bordado
la primera luz le dio;
y según la devoción,
no pienso que tardarán;
que conozco al capellán
y es más breve que es razón.
1195 FEDERICO: ¡Ay si la pudiese hablar!
LEONIDO: Siendo tú su primo, es cosa
acompañarla forzosa.
FEDERICO: El pretenderme casar
1200 ha hecho ya sospechoso
mi parentesco, Leonido;
que antes de haberla querido
nunca estuve temeroso.
Verás que un hombre visita
1205 una dama libremente
por conocido o pariente,
mientras no la solicita;
pero en llegando a querella,
aunque de todos se guarde,
1210 menos entra, y más cobarde,
y apenas habla con ella.
Tal me ha sucedido a mí
con mi prima la condesa;
tanto, que de amar me pesa,
pues lo más del bien perdí,
1215 pues me estaba mejor vella
tan libre como solía.

Salen RICARDO y CELIO, que se quedan lejos de FEDERICO y LEONIDO

CELIO: A pie digo que salía,
y alguna gente con ella.

1220 RICARDO: Por estar la iglesia enfrente,
y por preciarse del talle,
ha querido honrar la calle.

CELIO: ¿No has visto por el oriente
salir serena mañana
1225 el sol con mil rayos de oro,
cuando dora el blanco Toro
que pace campos de grana,
que así llamaba un poeta
los primeros arreboles?
1230 Pues tal salió con dos soles,
más hermosa y más perfeta,
la bellísima Dñana,
la condesa de Belflor.

RICARDO: Mi amor te ha vuelto pintor
de tan serena mañana;
1235 y hácesla sol con razón,
porque el sol en sus caminos
va pasando varios sinos
que sus pretendientes son.
1240 Mira que allí Federico
aguarda sus rayos de oro.

CELIO: ¿Cuál de los dos será el toro
a quien hoy al sol aplico?

RICARDO: Él, por primera aflicción,
1245 aunque del nombre se guarde,
que yo, por entrar más tarde,
seré el signo del león.

FEDERICO: ¿Es aquél Ricardo?
LEONIDO: Él es.
FEDERICO: Fuera maravilla rara
que de este puesto faltara.

1250 LEONIDO: Gallardo viene el marqués.
FEDERICO: No pudieras decir más,
si tú fueras el celoso.

LEONIDO: ¿Celos tienes?
FEDERICO: ¿No es forzoso?
De alabarle me los das.

1255 LEONIDO: Si a nadie quiere Dñana,
¿de qué los puedes tener?
FEDERICO: De que le puede querer;

que es mujer.
 LEONIDO: Sí, mas tan vana,
 1260 tan altiva y desdeñosa,
 que a todos os asegura.
 FEDERICO: Es soberbia la hermosura.
 LEONIDO: No hay ingratitud hermosa.
 CELIO: Dñana sale, señor.
 RICARDO: Pues tendrá mi noche día.
 1265 CELIO: ¿Hablarásla?
 RICARDO: Eso querría,
 si quiere el competidor.

*Salen DIANA, OTAVIO, FABIO; y detrás, MARCELA, DOROTEA y ANARDA, con mantos.
 [FEDERICO habla] a DIANA*

FEDERICO: Aquí aguardaba con deseo de veros
 DIANA: Señor conde, seáis muy bien hallado.
 RICARDO: Y yo, señora, con el mismo agora
 1270 a acompañaros vengo y a serviros.
 DIANA: Señor marqués, ¿qué dicha es esta mía?
 ¡Tanta merced!
 RICARDO: Bien debe a mi deseo
 vuseñoría este cuidado.

[FEDERICO habla] a su criado [LEONIDO]

FEDERICO: Creo
 que no soy bien mirado y admitido.
 1275 LEONIDO: Háblala; no te turbes.
 FEDERICO: ¡Ay Leonido!
 Quien sabe que no gustan de escuchalle,
 ¿de qué te admiras que se turbe y calle?

Vanse. Sale TEODORO

TEODORO: Nuevo pensamiento mío,
 1280 desvanecido en el viento,
 que con ser mi pensamiento,
 de veros volar me río,
 parad, detened el brío,
 que os detengo y os provoco;
 porque si el intento es loco,
 1285 de los dos lo mismo escucho,
 aunque donde el premio es mucho,
 el atrevimiento es poco.

1290 Y si por disculpa dais
que es infinito el que espero,
averigüemos primero,
pensamiento, en qué os fundáis.

Vos a quien servís amáis;
diréis que ocasión tenéis,
si a vuestros ojos creéis;
1295 pues, pensamiento, decildes
que sobre pajas humildes
torres de diamante hacéis.

Si no me sucede bien,
quiero culparos a vos;
1300 mas teniéndola los dos,
no es justo que culpa os den;
que podréis decir también
cuando del alma os levanto,
y de la altura me espanto
1305 donde el amor os subió,
que el estar tan bajo yo
os hace a vos subir tanto.

Cuando algún hombre ofendido,
al que le ofende defiende,
1310 que dio la ocasión se entiende.
Del daño que os ha venido,
sed en buen hora atrevido;
que aunque los dos nos perdamos,
esta disculpa llevamos:
1315 que vos os perdéis por mí
y que yo tras vos me fui,
sin saber adónde vamos.

Id en buen hora, aunque os den
1320 mil muertes por atrevido;
que no se llama perdido
el que se pierde tan bien.
Como a otros dan parabién
de lo que hallan, estoy tal,
que de perdición igual
1325 os le doy; porque es perderse
tan bien, que puede tenerse
envidia del mismo mal.

Sale TRISTÁN

TRISTÁN: Si en tantas lamentaciones
cabe un papel de Marcela,

1330 que contigo se consuela
de sus pasadas prisiones,
bien te le daré sin porte,
porque a quien no ha menester
nadie le procura ver,
1335 a la usanza de la corte.
Cuando está en alto lugar
un hombre —y ¡qué bien lo imitas!—
¡qué le vienen de visitas
a molestar y a enfadar!
1340 Pero si mudó de estado,
como es la Fortuna incierta,
todos huyen de su puerta
como si fuese apestado.
1345 ¿Parécete que lavemos
en vinagre este papel?
TEODORO: Contigo, necio, y con él
entr ambas cosas tenemos.
Muestra; que vendrá lavado,
si en tus manos ha venido.

Lee

1350 «A Teodoro, mi marido».
¿Marido? ¡Qué necio enfado!
¡Qué necia cosa!
TRISTÁN: Es muy necia.
TEODORO: Pregúntale a mi ventura
si, subida a tanta altura,
1355 esas mariposas precia.
TRISTÁN: Léele, por vida mía,
aunque ya estés tan divino;
que no hace desprecio el vino
de los mosquitos que cría;
1360 que yo sé cuando Marcela,
que llamas ya mariposa,
era águila caudalosa.
TEODORO: El pensamiento, que vuela
a los mismos cercos de oro
1365 del sol, tan baja la mira,
que aun de que la ve se admira.
TRISTÁN: Hablas con justo decoro
mas ¿qué haremos del papel?
TEODORO: Esto.
TRISTÁN: ¿Rasgástele?

TEODORO: Sí.
 1370 TRISTÁN: ¿Por qué, señor?
 TEODORO: Porque así
 respondí más presto a él.
 TRISTÁN: Ése es injusto rigor.
 TEODORO: Ya soy otro; no te espantes.
 TRISTÁN: Basta; que sois los amantes
 1375 boticarios del amor;
 que, como ellos las recetas,
 vais ensartando papeles.
 Récipe: celos crüeles,
 agua de azules violetas.
 1380 Récipe: un desdén extraño,
Sirupi del borraforum,
 con que la sangre **templorum,**
 para asegurar el daño.
 Récipe: ausencia, tomad
 1385 un emplasto para el pecho;
 que os hiciera más provecho
 estaros en la ciudad.
 Récipe de matrimonio:
 allí es menester jarabes,
 1390 y tras diez días süaves
 purgarle con antimonio.
 Récipe: **signum celeste,**
 que **Capricornio dicetur:**
 ese enfermo **moriatur,**
 1395 si no es que paciencia preste.
 Récipe: que de una tienda
 joya o vestido **sacabis**
 con tabletas **confortabis**
 1400 la bolsa que tal emprenda.
 A esta traza, finalmente,
 van todo el año ensartando.
 Llega la paga: en pagando,
 o viva o muera el doliente,
 se rasga todo papel.
 1405 Tú la cuenta has acabado,
 y el de Marcela has rasgado
 sin saber lo que hay en él.
 TEODORO: Ya tú debes de venir
 con el vino que otras veces.
 1410 TRISTÁN: Pienso que te desvaneces
 con lo que intentas subir.
 TEODORO: Tristán, cuantos han nacido

1415 su ventura han de tener;
 no saberla conocer
 es el no haberla tenido.
 O morir en la porfía,
 o ser conde de Belflor.
 TRISTÁN: César llamaron, señor,
 1420 a aquel duque que traía
 escrito por gran blasón:
 «César o nada»; y en fin
 tuvo tan contrario el fin,
 que al fin de su pretensión
 1425 escribió una pluma airada:
 «César o nada, dijiste,
 y todo, César, lo fuiste,
 pues fuiste César y nada».
 TEODORO: Pues tomo, Tristán, la empresa,
 1430 y haga después la Fortuna
 lo que quisiere.

Salen MARCELA y DOROTEA, sin reparar en TEODORO y TRISTÁN

DOROTEA: Si a alguna,
 de tus desdichas le pesa,
 de todas las que servimos
 a la condesa, soy yo.
 MARCELA: En la prisión que me dio,
 1435 tan justa amistad hicimos,
 y yo me siento obligada
 de suerte, mi Dorotea,
 que no habrá amiga que sea
 más de Marcela estimada.
 1440 Anarda piensa que yo
 no sé cómo quiere a Fabio.
 Pues de ella nació mi agravio;
 que a la condesa contó
 los amores de Teodoro.
 1445 DOROTEA: Teodoro está aquí.
 MARCELA: ¡Mi bien!...
 TEODORO: Marcela, el paso detén.
 MARCELA: ¿Cómo, mi bien, si te adoro,
 cuando a mi ojos te ofreces?
 TEODORO: Mira lo que haces y dices;
 1450 que en palacio los tapices
 han hablado muchas veces.
 ¿De qué piensas que nació

1455 hacer figuras en ellos?
De avisar que detrás de ellos
siempre algún vivo escuchó.
Si un mudo viendo matar
a un rey, su padre, dio voces,
figuras que no conoces
pintadas sabrán hablar.

1460 MARCELA: ¿Has leído mi papel?
TEODORO: Sin leerle le he rasgado;
que estoy tan escarmentado,
que rasgué mi amor con él.

1465 MARCELA: ¿Son los pedazos aquéstos?
TEODORO: Sí, Marcela.
MARCELA: Y ya ¿mi amor
has rasgado?

TEODORO: ¿No es mejor
que vernos por puntos puestos
en peligros tan extraños?
Si tú de mi intento estás,
no tratemos de esto más
para excusar tantos daños.

1470 MARCELA: ¿Qué dices?
TEODORO: Que estoy dispuesto
a no darle más enojos
a la condesa.

1475 MARCELA: En los ojos
tuve muchas veces puesto
el temor de esta verdad.

TEODORO: Marcela, queda con Dios.
Aquí acaba de los dos
el amor, no el amistad.

1480 MARCELA: ¿Tú dices eso, Teodoro,
a Marcela?

TEODORO: Yo lo digo;
que soy de quietud amigo,
y de guardar el decoro
a la casa que me ha dado
el ser que tengo.

1485 MARCELA: Oye, advierte.
TEODORO: Déjame.
MARCELA: ¿De aquesta suerte
me tratas?

TEODORO: ¡Qué necio enfado!

Vase

MARCELA: ...mas yo me veré vengada.
Ni soy tan necia, que ignoro
las tretas de hacer pesar.

Sale FABIO

1525 FABIO: ¿Está el secretario aquí?
MARCELA: ¿Es por burlarte de mí?
FABIO: Por Dios, que le ando a buscar;
que le llama mi señora.

1530 MARCELA: Fabio, que sea o no sea,
pregúntale a Dorotea
cuál puse a Teodoro agora.
¿No es majadero cansado
este secretario nuestro?

1535 FABIO: ¡Qué engaño tan necio el vuestro!
¿Querréis que esté deslumbrado
de lo que los dos tratáis?
¿Es concierto de los dos?
MARCELA: ¿Concierto? ¡Bueno!
FABIO: Por Dios,
que pienso que me engañáis.

1540 MARCELA: Confieso, Fabio, que oí
las locuras de Teodoro;
mas yo sé que a un hombre adoro,
harto parecido a ti.

FABIO: ¿A mí?
MARCELA: Pues ¿no te pareces
1545 a ti?

FABIO: Pues, ¿a mí Marcela?
MARCELA: Si te hablo con cautela,
Fabio, si no me enloqueces,
si tu talle no me agrada,
si no soy tuya, mi Fabio,
1550 máteme el mayor agravio,
que es el querer despreciada.

FABIO: Es engaño conocido,
o tú te quieres morir,
pues quieres restituír
1555 el alma que me has debido.
Si es burla o es invención,
¿a qué camina tu intento?

DOROTEA: Fabio, ten atrevimiento
y aprovecha la ocasión;
1560 que hoy te ha de querer Marcela

por fuerza.

FABIO: Por voluntad
fuera amor, fuera verdad.

DOROTEA: Teodoro mis alto vuelas;
de Marcela se descarta.

1565 FABIO: Marcela, a buscarle voy.
Bueno en sus desdenes soy,
si amor te convierte en carta,
el sobrescrito a Teodoro,
y en su ausencia denla a Fabio.
1570 Mas yo perdono el agravio,
aunque ofenda mi decoro,
y de espacio te hablaré,
siempre tuyo en bien o en mal.

Vase

DOROTEA: ¿Qué has hecho?

1575 MARCELA: No sé ; estoy tal
que de mi misma no sé.
Anarda ¿no quiere a Fabio?

DOROTEA: Sí quiere.

MARCELA: Pues de los dos
me vengo; que amor es dios
de la envidia y del agravio.

Salen DIANA y ANARDA. [Hablan aparte]

1580 DIANA: (Ésta ha sido la ocasión;
no me reprehendas más.

ANARDA: La disculpa que me das
me ha puesto en más confusión.

1585 Marcela está aquí, señora,
hablando con Dorotea.

DIANA: Pues no hay disgusto que sea
para mi mayor agora.)

Salte allá fuera, Marcela.

1590 MARCELA: Vamos, Dorotea, de aquí.
(Bien digo yo que de mí
o se enfada o se recela.)

Aparte

Vanse MARCELA y DOROTEA

ANARDA: ¿Puédote hablar?

DIANA: Ya bien puedes.

ANARDA: Los dos que de aquí se van
 1595 ciegos de tu amor están;
 tú en desdeñarlos, excedes
 la condición de Anajarte,
 la castidad de Lucrecia;
 y quien a tantos desprecia.
 DIANA: Ya me canso de escucharte.
 1600 ANARDA: ¿Con quién se piensa casar?
 ¿No puede el marqués Ricardo,
 por generoso y gallardo,
 si no exceder, igualar
 1605 al más poderoso y rico?
 Y la más noble mujer,
 ¿también no lo puede ser
 de tu primo Federico?
 ¿Por qué los has despedido
 con tan extraño desprecio?
 1610 DIANA: Porque uno es loco, otro necio,
 y tú, en no haberme entendido,
 más, Anarda, que los dos.
 No los quiero, porque quiero,
 y quiero porque no espero
 1615 remedio.
 ANARDA: ¡Válame Dios!
 ¿Tú quieres?
 DIANA: ¿No soy mujer?
 ANARDA: Sí, pero imagen de hielo,
 donde el mismo sol del cielo
 podrá tocar y no arder.
 1620 DIANA: Pues esos hielos, Anarda,
 dieron todos a los pies
 de un hombre humilde.
 ANARDA: ¿Quién es?
 DIANA: La vergüenza me acobarda,
 que de mi propio valor
 1625 tengo: no diré su nombre;
 basta que sepas que es hombre
 que puede infamar mi honor.
 ANARDA: Si Pasifé quiso un toro,
 Semíramis un caballo,
 1630 y otras los monstruos que callo
 por no infamar su decoro,
 ¿qué ofensa te puede hacer
 querer hombre, sea quien fuere?
 DIANA: Quien quiere puede, si quiere,

1635 como quiso, aborrecer.
Esto es lo mejor: yo quiero
no querer.

ANARDA: ¿Podrás?
DIANA: Podré;
que si cuando quise amé,
no amar en queriendo espero.

Tocan dentro

1640 ¿Quién canta?
ANARDA: Fabio con Clara.
DIANA: ¡Ojalá que me diviertan!
ANARDA: Música y amor conciertan
bien; en la canción repara.

Cantan dentro

1645 MÚSICA: «Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciese
que en no queriendo amar aborreciese!
¡Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciera
que en no queriendo amar aborreciera!»

ANARDA: ¿Qué te dice la canción?
¿No ves que te contradice?
1650 DIANA: Bien entiendo lo que dice;
mas yo sé mi condición,
y sé que estará en mi mano,
como amar, aborrecer.

ANARDA: Quien tiene tanto poder
1655 pasa del límite humano.

Sale TEODORO

TEODORO: Fabio me ha dicho, señora,
que le mandaste buscarme.
DIANA: Horas ha que te deseo.
TEODORO: Pues ya vengo a que me mandes,
1660 y perdona si he faltado.
DIANA: ¿Ya has visto a estos dos amantes...
estos dos mis pretendientes?
TEODORO: Sí, señora.
DIANA: Buenos talles
tienen los dos.
TEODORO: Y muy buenos.

1665 DIANA: No quiero determinarme
sin tu consejo. ¿Con cuál
te parece que me case?

TEODORO: Pues ¿qué consejo, señora,
puedo yo en las cosas darte
1670 que consisten en tu gusto?
Cualquiera que quieras darme
por dueño, será el mejor.

DIANA: Mal pagas el estimarte
por consejero, Teodoro,
1675 en caso tan importante.

TEODORO: Señora, en casa, ¿no hay viejos
que entienden de casos tales?
Otavio, tu mayordomo,
1680 con experiencia lo sabe,
fuera de su larga edad.

DIANA: Quiero yo que a ti te agrade
el dueño que has de tener.
¿Tiene el marqués mejor talle
que mi primo?

TEODORO: Sí, señora.

1685 DIANA: Pues elijo al marqués: parte,
y pídele las albricias.

Vanse la condesa [DIANA] y ANARDA

TEODORO: ¿Hay desdicha semejante?
¿Hay resolución tan breve?
¿Hay mudanza tan notable?
1690 ¿Estos eran los intentos
que tuve? ¡Oh, sol abrasadme
las alas con que subí,
pues vuestro rayo deshace
las más atrevidas plumas
1695 a la belleza de un ángel!
Cayó Dñana en su error.
¡Oh, qué mal hice en fiarme
de una palabra amorosa!
¡Ay! ¿Cómo entre desiguales
1700 mal se concierta el amor!
Pero ¿es mucho que me engañen
aquellos ojos a mí,
si pudieran ser bastantes
a hacer engaños a Ulises?
1705 De nadie puedo quejarme,

1710 sino de mí. Pero en fin,
¿qué pierdo cuando me falte?
Haré cuenta que he tenido
algún accidente grave,
y que mientras me duró,
imaginé disparates.
1715 No más; despedíos de ser,
oh pensamiento arrogante,
conde de Belflor; volved
la proa a la antigua margen;
queramos nuestra Marcela;
para vos Marcela baste.
1720 Señoras busquen señores;
que amor se engendra de iguales;
y pues en aire nacistes,
quedad convertido en aire;
que donde méritos faltan,
los que piensan subir, caen.

Sale FABIO

FABIO: ¿Hablaste ya con mi señora?
1725 TEODORO: Agora,
Fabio, la hablé, y estoy con gran contento,
porque ya la condesa mi señora
rinde su condición al casamiento.
Los dos que viste, cada cual la adora;
1730 mas ella, con su raro entendimiento,
al marqués escogió.
FABIO: Discreta ha sido.
TEODORO: Que gane las albricias me ha pedido;
mas yo, que soy tu amigo, quiero darte,
Fabio, aqueste provecho: parte presto,
y pídelas por mí.
1735 FABIO: Si debo amarte,
muestra la obligación en que me has puesto.
Voy como un rayo, y volveré a buscarte,
satisfecho de ti, contento de esto.
Y alábase el marqués; que ha sido empresa
de gran valor rendirse la condesa.

Vase. Sale TRISTÁN

1740 TRISTÁN: Turbado a buscarte vengo.

TEODORO: ¿Es verdad lo que me han dicho?
 ¡Ay, Tristán! Verdad será,
 si son desengaños míos.

1745 TRISTÁN: Ya, Teodoro, en las dos sillas
 los dos batanes he visto
 que molieron a Dñana;
 pero que hubiese elegido,
 hasta agora no lo sé.

1750 TEODORO: Pues, Tristán, agora vino
 ese tornasol mudable,
 esa veleta, ese vidrio,
 ese río junto al mar,
 que vuelve atrás, aunque es río;

1755 esa Dñana, esa luna,
 esa mujer, ese hechizo,
 ese monstruo de mudanzas,
 que sólo perderme quiso
 por afrentar sus vitorias;

1760 y que dijese me dijo
 cuál de los dos me agradaba;
 porque sin consejo mío
 no se pensaba casar.
 Quedé muerto, y tan perdido,
 que no responder locuras
 fue de mi locura indicio.

1765 Díjome, en fin, que el marqués
 le agradaba, y que yo mismo
 fuese a pedir las albricias.

1770 TRISTÁN: Ella, en fin, ¿tiene marido?
 TEODORO: El marqués Ricardo.

TRISTÁN: Pienso
 que, a no verte sin juicio,
 y porque dar aflicción
 no es justo a los afligidos,
 que agora te diera vaya
 1775 de aquel pensamiento altivo
 con que a ser conde aspirabas.

TEODORO: Si aspiré, Tristán, ya expiro.

TRISTÁN: La culpa tienes de todo.

1780 TEODORO: No lo niego; que yo he sido
 fácil en creer los ojos
 de una mujer.

TRISTÁN: Yo te digo
 que no hay vasos de veneno
 a los mortales sentidos,

1785 Teodoro, como los ojos
de una mujer.

TEODORO: De corrido,
te juro, Tristán, que apenas
puedo levantar los míos.

1790 Esto pasó, y el remedio
es sepultar en olvido
el suceso y el amor.

TRISTÁN: ¿Que arrepentido y contrito
has de volver a Marcela?

TEODORO: Presto seremos amigos.

Sale MARCELA, sin reparar en TEODORO y TRISTÁN

1795 MARCELA: ¡Qué mal que finge amor quien no la tiene
¡qué mal puede olvidarse amor de un año,
pues mientras más el pensamiento engaño,
más atrevido a la memoria viene!

1800 Pero si es fuerza y al honor conviene,
remedio suele ser del desengaño
curar el propio amor amor extraño;
que no es poco remedio el que entretiene.

Mas ¡ay! que imaginar que puede amarse
en medio de otro amor, es atreverse
a dar mayor venganza por vengarse.

1805 Mejor es esperar que no perderse;
que suelen alguna vez, pensando helarse
amor, con los remedios encenderse.

TEODORO: Marcela...

MARCELA: ¿Quién es?

TEODORO: Yo soy.

1810 MARCELA: ¿Así te olvidas de mí?
Y tan olvidada estoy,
que a no imaginar en ti
fuera de mí misma voy.

1815 Porque si en mí misma fuera,
te imaginara y te viera;
que para no imaginarte,
tengo el alma en otra parte,
aunque olvidarte no quiera.

1820 ¿Cómo me osaste nombrar?
¿Cómo cupo en esa boca
mi nombre?

TEODORO: Quise probar

tu firmeza, y es tan poca,
que no me ha dado lugar.

1825
MARCELA: Ya dicen que se empleó
tu cuidado en un sujeto
que mi amor sustituyó.
Nunca, Teodoro, el discreto
mujer ni vidrio probó.

1830 Mas no me des a entender
que prueba quisiste hacer;
yo te conozco, Teodoro:
unos pensamientos de oro
te hicieron enloquecer.

1835 ¿Cómo te va? ¿No te salen
como tú los imaginas?
¿No te cuestan lo que valen?
¿No hay dichas que las divinas
partes de tu dueño igualen?

1840 ¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?
Turbado, Teodoro, vienes.
¿Mudóse aquel vendaval?
¿Vuelves a buscar tu igual,
o te burlas y entretienes?

1845 Confieso que me holgaría
que dices a mi esperanza,
Teodoro, un alegre día.
TEODORO: Si le quieres con venganza,
¿qué mayor, Marcela mía?

1850 Pero mira que el amor
es hijo de la nobleza;
no muestres tanto rigor;
que es la venganza bajeza
indigna del vencedor.

1855 Venciste: yo vuelvo a ti,
Marcela; que no salí
con aquél mi pensamiento.
Perdona el atrevimiento,
si ha quedado amor en ti.

1860 No porque no puede ser
proseguir las esperanzas
con que te pude ofender
mas porque en estas mudanzas
memorias me hacen volver.

1865 Sean, pues, estas memorias
parte a despertar la tuya,
pues confieso tus victorias.

MARCELA: No quiera Dios que destruya
los principios de tus glorias.
Sirve, bien haces, porfia,
no te rindas; que dirá
1870 tu dueño que es cobardía.
Sigue tu dicha; que ya
voy prosiguiendo la mía.
No es agravio amar a Fabio,
1875 pues me dejaste, Teodoro,
sino el remedio más sabio;
que aunque el dueño no mejoro,
basta vengar el agravio.
Y quédate a Dios; que ya
1880 me cansa el hablar contigo;
no venga Fabio, que está
medio casado conmigo.
TEODORO: Tenla, Tristán; que se va.
TRISTÁN: Señora, señora, advierte
1885 que no es volver a quererte
dejar de haberte querido.
Disculpa el buscarte ha sido,
si ha sido culpa ofenderte.
Óyeme, Marcela, a mí.
MARCELA: ¿Qué quieres, Tristán?
TRISTÁN: Espera.

Salen DIANA y ANARDA

1890 DIANA: (Teodoro y Marcela aquí?) *Aparte*
ANARDA: Parece que el ver te altera
que estos dos se hablen así.
DIANA: Toma, Anarda, esa antepuerta,
y cubrámonos las dos.
1895 (Amor con celos despierta.) *Aparte*

Ocúltanse DIANA y ANARDA

MARCELA: Déjame, Tristán, por Dios.
ANARDA: Tristán a los dos concierta,
que deben estar reñidos.
DIANA: (El alcahuete lacayo *Aparte*
1900 me ha quitado los sentidos.)
TRISTÁN: No pasó más presto el rayo,
que por sus ojos y oídos
pasó la necia belleza

1905 de esa mujer que le adora.
Ya desprecia su riqueza;
que más riqueza atesora
tu gallarda gentileza.

1910 Haz cuenta que fue cometa
aquel amor. Ven acá,
Teodoro.

DIANA: (¡Brava estafeta *Aparte*
es el lacayo!)

TEODORO: Si ya
Marcela, a Fabio sujeta,
dice que le tiene amor,
¿por qué me llamas, Tristán?

1915 TRISTÁN: ¡Otro enojado!

TEODORO: Mejor
los dos casarse podrán.

TRISTÁN: ¿Tú también? ¡Bravo rigor!
Ea, acaba, llega, pues,
dame esa mano, y después
que se hagan las amistades.

1920 TEODORO: Necio, ¿tú me persuades?

TRISTÁN: Por mí quiero que le des
la mano esta vez, señor.

TEODORO: ¿Cuándo he dicho yo a Marcela
que he tenido a nadie amor?

1925 Y ella me ha dicho...

TRISTÁN: Es cautela
para vengar tu rigor.

MARCELA: No es cautela; que es verdad.

TRISTÁN: Calla, boba. ¡Ea, llegad!
¡Qué necios estáis los dos!

1930 TEODORO: Yo rogaba, mas —¡por Dios,
que no he de hacer amistad!—

MARCELA: Pues a mí me pase un rayo.

TRISTÁN: No jures.

[MARCELA habla aparte a TRISTÁN]

1835 MARCELA: (Aunque le nuestro
enojo, ya me desmayo. *TRISTÁN:*
Pues tente firme.)

DIANA: (¡Qué diestro *Aparte*
está el bellaco lacayo!)

MARCELA: Déjame, Tristán; que tengo
que hacer.

TEODORO: Déjala, Tristán.
 1940 TRISTÁN: Por mí, vaya.
 TEODORO: Tenla.
 MARCELA: Vengo
 mi amor.
 TRISTÁN: ¿Cómo no se van
 ya? Que a ninguno detengo.
 MARCELA: ¡Ay, mi bien!, no puedo irme.
 TEODORO: Ni yo, porque no es tan firme
 1945 ninguna roca en la mar.
 MARCELA: Los brazos te quiero dar.
 TEODORO: Y yo a los tuyos asirme.
 TRISTÁN: Si yo no era menester,
 ¿por qué me hiciste cansar?

[Desde el paño ANARDA y DIANA]

1950 ANARDA: (¿De esto gustas?
 DIANA: Vengo a ver
 lo poco que hay que fiar
 de un hombre y una mujer.)
 TEODORO: ¡Ay! ¡Qué me has dicho de afrentas!
 TRISTÁN: Yo he salido ya, con veros
 1955 juntar las almas contentas;
 que es desgracia de terceros
 no se concertar las ventas.
 MARCELA: Si te trocare, mi bien,
 por Fabio ni por el mundo,
 1960 que tus agravios me den
 la muerte.
 TEODORO: Hoy de nuevo fundo,
 Marcela, mi amor también;
 y si te olvidare, digo
 me dé el cielo en castigo
 1965 el verte en brazos de Fabio.
 MARCELA: ¿Quieres deshacer mi agravio?
 TEODORO: ¿Qué no haré por ti y contigo?
 MARCELA: Di que todas las mujeres
 son feas.
 TEODORO: Contigo, es claro.
 1970 Mira qué otra cosa quieres.
 MARCELA: En ciertos celos reparo,
 ya que tan mi amigo eres;
 que no importa que está aquí
 Tristán.

1975 TRISTÁN: Bien podéis por mí,
aunque de mí mismo sea.
MARCELA: Di que la condesa es fea.
TEODORO: Y un demonio para mí.
MARCELA: ¿No es necia?
TEODORO: Por todo extremo.
MARCELA: ¿No es bachillera?
TEODORO: Es cuitada.

[Aparte las dos desde el paño]

1980 DIANA: (Quiero estorbarlos; que temo
que no reparen en nada,
y aunque me hielo, me quemo.
ANARDA: ¡Ay señora! No hagas tal.)
1985 TRISTÁN: Cuando queráis decir mal
de la condesa y su talle,
a mí me oíd.

DIANA: (¡Escúchalle!
¿Podré desvergüenza igual?)

TRISTÁN: Lo primero...
DIANA: (Yo no aguardo
a lo segundo; que fuera
necedad.)
1990 MARCELA: Voyme, Teodoro.

*Adelántanse DIANA y ANARDA. MARCELA hace una reverencia
a la condesa [DIANA] y se va*

TRISTÁN: ¡La condesa!
TEODORO: (¡La condesa!) *Aparte*
DIANA: Teodoro...
TEODORO: Señora, advierte...
TRISTÁN: (El cielo a tronar comienza *Aparte*
no pienso aguardar los rayos.)

Vase

1995 DIANA: Anarda, un bufete llega.
Escribiráme Teodoro
una carta de su letra,
pero notándola yo.
2000 TEODORO: (Todo el corazón me tiembla. *Aparte*
¿Si oyó lo que hablado habemos?)

DIANA: (Bravamente Amor despierta con los celos a los ojos. *Aparte*
 2005 ¡Que aquéste amase a Marcela,
 y que yo no tenga partes
 para que también me quiera!
 ¡Que se burlasen de mí!)
 TEODORO: (Ella murmura y se queja; *Aparte*
 2010 bien digo yo que en palacio,
 para que a callar aprenda,
 tapices tienen oídos,
 y paredes tienen lenguas.)
 ANARDA: Éste pequeño he traído,
 y tu escribanía.
 DIANA: Llega,
 Teodoro, y toma la pluma.
 2015 TEODORO: (Hoy me mata o me destierra.) *Aparte*
 DIANA: Escribe.
 TEODORO: Di.
 DIANA: No estás bien
 con la rodilla en la tierra;
 ponle, Anarda, una almohada.
 TEODORO: Yo estoy bien.
 DIANA: Pónsela, necia.
 2020 TEODORO: (No me agrada este favor *Aparte*
 sobre enojos y sospechas;
 con quien honra las rodillas,
 cortar quiere la cabeza.)
 Yo aguardo.
 DIANA: Yo digo así.
 2025 TEODORO: (Mil cruces hacer quisiera.) *Aparte*

Siéntase la condesa [DIANA] en una silla alta. Ella dicta y él va escribiendo

DIANA: «Cuando una mujer principal se ha
 declarado con un hombre humilde, es
 lo mucho el término de volver a hablar
 con otra; mas quien no estima su fortuna,
 quédese para necio.»

TEODORO: ¿No dices más?
 DIANA: Pues, ¿qué más?
 El papel, Teodoro, cierra.

[ANARDA habla aparte con DIANA]

ANARDA: (¿Qué es esto que haces, señora?
Necedades de amor llenas.
2030 ANARDA: Pues, ¿a quién tienes amor?
DIANA: ¿Aún no le conoces, bestia?
Pues yo sé que le murmuran
de mi casa hasta las piedras.)
TEODORO: Ya el papel está cerrado;
2035 sólo el sobreescrito resta.
DIANA: Pon, Teodoro, para ti;
y no lo entienda Marcela;
que quizá le entenderás
cuando de espacio le leas.

Vanse la condesa [DIANA] y ANARDA

2040 TEODORO: ¡Hay confusión tan extraña!
¡Que aquesta mujer me quiera
con pausas, como sangría,
y que tenga intercadencias
el pulso de amor tan grandes!

Sale MARCELA

2045 MARCELA: ¿Qué te ha dicho la condesa,
mi bien?, que he estado temblando
detrás de aquella antepuerta.
TEODORO: Díjome que te quería
2050 casar con Fabio, Marcela;
y este papel que escribí
es que despacha a su tierra
por los dineros del dote.
MARCELA: ¿Qué dices?
TEODORO: Sólo que sea
2055 para bien, y pues te casas,
que de burlas ni de veras
tomes mi nombre en tu boca.
MARCELA: Oye.
TEODORO: Es tarde para quejas.

Vase

MARCELA: No, no puedo yo creer
2060 que aquésta la ocasión sea.
Favores de aquesta loca
le han hecho dar esta vuelta;

2065 que él está como arcaduz,
que cuando baja, le llena
del agua de su favor,
y cuando sube, le mengua.
¡Ay de mí, Teodoro ingrato,
que luego que su grandeza
te toca al arma, me olvidas!
2070 Cuando te quiere me dejas,
cuando te deja me quieres.
¿Quién ha de tener paciencia?

Salen RICARDO y FABIO

RICARDO: No pude, Fabio, detenerme un hora.
Por tal merced le besaré las manos.
FABIO: Dile presto, Marcela, a mi señora
2075 que está el marqués aquí.
MARCELA: (Celos tiranos, *Aparte*
celos crüeles, ¿qué queréis agora,
tras tantos locos pensamientos vanos?)
FABIO: ¿No vas?
MARCELA: Ya voy.
FABIO: Pues dile que ha venido
nuestro nuevo señor y su marido.

Vase MARCELA

2080 RICARDO: Id, Fabio, a mi posada; que mañana
os daré mil escudos y un caballo
de la casta mejor napolitana.
FABIO: Sabré, si no servirlo, celebrallo.
RICARDO: Éste es principio solo; que Dïana
2085 os tiene por crïado y por vasallo,
y yo por solo amigo.
FABIO: Esos pies beso.
RICARDO: No pago así; la obligación confieso.

Sale DIANA

DIANA: ¡Vuseñoria aquí!
RICARDO: Pues, ¿no era justo,
2090 si me enviáis con Fabio tal recado,
y que después de aquel mortal disgusto,
me elegís por marido y por crïado?
Dadme esos pies; que de manera el gusto

2095 de ver mi amor en tan dichoso estado
me vuelve loco, que le tengo en poco,
si me contento con volverme loco.
¿Cuándo pensé, señora, mereceros,
ni llegar a más bien que deseáros?
DIANA: No acierto, aunque lo intento, a responderos.
¿Yo he enviado a llamaros! ¿O es burlaros?
2100 RICARDO: Fabio, ¿qué es esto?

FABIO: ¿Pude yo traeros
sin ocasión agora, ni llamaros,
menos que de Teodoro prevenido?
DIANA: Culpa, Ricardo, de Teodoro ha sido.

2105 Oyóme anteponer a Federico
vuestra persona, como primo hermano
y caballero generoso y rico,
y presumió que os daba ya la mano.
A vuestra señoría le suplico
perdone aquestos necios.

2110 RICARDO: Fuera en vano
dar a Fabio perdón, si no estuviera
donde vuestra imagen le valiera.
Béseos los pies por el favor, y espero
que ha de vencer mi amor esta porfía.

Vase

DIANA: ¿Paréceos bien aquesto, majadero?
2115 FABIO: ¿Por qué me culpa a mí, vuseñoría?
DIANA: Llamad luego a Teodoro. (¡Qué ligero *Aparte*
este cansado pretensor venía,
cuando me matan celos de Teodoro!)
FABIO: (Perdí el caballo y mil escudos de oro.) *Aparte*

Vase

2120 DIANA: ¿Qué me quieres, Amor? Ya, ¿no tenía
olvidado a Teodoro? ¿Qué me quieres?
Pero responderás que tú no eres,
sino tu sombra, que detrás venía.
2125 ¡Oh celos! ¿Qué no hará vuestra porfía?
Malos letrados sois con las mujeres,
pues jamás os pidieron pareceres
que pudiese el honor guardarse un día.
Yo quiero a un hombre bien; mas se me acuerda
que yo soy mar y que es humilde barco,

2130 y que es contra razón que el mar se pierda.
En gran peligro, Amor, el alma embarco;
mas si tanto el honor tira la cuerda,
por Dios, que temo que se rompa el arco.

Salen TEODORO y FABIO. [Hablan aparte]

2135 FABIO: (Pensó matarme el marqués;
pero, la verdad diciendo,
más sentí los mil escudos.

TEODORO: Yo quiero darte un consejo.

FABIO: ¿Cómo?

2140 TEODORO: El conde Federico
estaba perdiendo el seso
porque el marqués se casaba.
Parte, y dí que el casamiento
se ha deshecho, y te dará
esos mil escudos luego.

FABIO: Voy como un rayo.

TEODORO: ¡Camina!

Vase FABIO

2145 TEODORO: ¿Llamábasme?

DIANA: Bien ha hecho
ese necio en irse agora.

2150 TEODORO: Un hora he estado leyendo
tu papel, y bien mirado,
señora, tu pensamiento,
hallo que mi cobardía
procede de tu respeto;
pero que ya soy culpado
en tenerle, como necio,
a tus muchas diligencias;
2155 y así, a decir me resuelvo
que te quiero, y que es disculpa
que con respeto te quiero.
Temblando estoy, no te espantes.

2160 DIANA: Teodoro, yo te lo creo.
¿Por qué no me has de querer
si soy tu señora y tengo
tu voluntad obligada,
pues te estimo y favorezco
más que a los otros criados?

2165 TEODORO: Ese lenguaje no entiendo.

DIANA: No hay más que entender, Teodoro,
ni pasar el pensamiento
un átomo de esta raya.
Enfrena cualquier deseo;
2170 que de una mujer, Teodoro,
tan principal, y más siendo
tus méritos tan humildes,
basta un favor muy pequeño
para que toda la vida
2175 vivas honrado y contento.

TEODORO: Cierto que vuseñoría
perdóneme si me atrevo--
tiene en el jüicio a veces,
2180 que no en el entendimiento,
mil lúcidos intervalos.
¿Para qué puede ser bueno
haberme dado esperanzas
que en tal estado me han puesto,
2185 pues del peso de mis dichas
caí, como sabe, enfermo
casi un mes en una cama.
Luego, ¿qué tratamos de esto
si cuando ve que me enfrío
2190 se abrasa de vivo fuego,
y cuando ve que me abraso
se hiela de puro hielo?
Dejárame con Marcela.
Mas viénele bien el cuento
del perro del hortelano.
2195 No quiere, abrasada en celos,
que me case con Marcela;
y en viendo que no la quiero,
vuelve a quitarme el jüicio,
y a despertarme si duermo.
2200 Pues coma o deje comer;
porque yo no me sustento
de esperanzas tan cansadas;
que si no, desde aquí vuelvo
a querer donde me quieren.

2205 DIANA: Eso no, Teodoro: advierto
que Marcela no ha de ser.
En otro cualquier sujeto
pon los ojos; que en Marcela
no hay remedio.

TEODORO: ¿No hay remedio?

2245 FEDERICO: la condesa, mi señora.
¡Bañóle de sangre el lienzo!

Vanse FEDERICO y FABIO

TEODORO: Si aquesto no es amor, ¿qué nombre quieres
Amor, que tengan desatinos tales?
Si así quieren mujeres principales,
furias las llamo yo, que no mujeres.
2250 Si la grandeza excusa los placeres
que iguales pueden ser en desiguales,
¿por qué, enemiga, de crueldad te vales,
y por matar a quien adoras, mueres?
2255 ¡Oh mano poderosa de matarme!
¡Quién te besara entonces, mano hermosa,
agradecido al dulce castigarme!
No te esperaba yo tan rigurosa;
pero si me castigas por tocarme,
tú sola hallaste gusto en ser celosa.

Sale TRISTÁN

2260 TRISTÁN: ¿Siempre tengo de venir
acabados los sucesos?
Parezco espada cobarde.
TEODORO: ¡Ay Tristán!
TRISTÁN: Señor, ¿qué es esto?
¡Sangre en el lienzo!
TEODORO: Con sangre
2265 quiere Amor que de los celos
entre la letra.
TRISTÁN: Por Dios,
que han sido celos muy necios.
TEODORO: No te espantes; que está loca
2270 de un amoroso deseo,
y como el ejecutarle
tiene su honor por desprecio,
quiere deshacer mi rostro,
porque es mi rostro el espejo
adonde mira su honor,
2275 y véngase en verle feo.
TRISTÁN: Señor, que Juana o Lucía
cierren connigo por celos,
y me rompan con las uñas
el cuello que ellas me dieron;

2280 que me repelen y arañen
sobre averiguar por cierto
que les hice un peso falso,
¡vaya! Es gente de pandero,
de media de cordellate
2285 y de zapato fraileSCO;
pero que tan gran señora
se pierda tanto el respeto
a sí misma, es vil acción.
TEODORO: No sé, Tristán; pierdo el seso
2290 de ver que me está adorando,
y que me aborrece luego.
No quiere que sea suyo
ni de Marcela; y si dejo
de mirarla, luego busca
2295 por hablarme algún enredo.
No dudes: naturalmente
es del hortelano el perro.
Ni come ni comer deja,
ni está fuera ni está dentro.
2300 TRISTÁN: Contáronme que un doctor,
catedrático y maestro,
tenía un ama y un mozo
que siempre andaban riñendo.
Reñían a la comida,
2305 a la cena, y hasta el sueño
le quitaban con sus voces;
que estudiar, no había remedio.
Estando en lición un día,
fuéle forzoso corriendo
2310 volver a casa, y entrando
de improviso en su aposento,
vio el ama y mozo acostados
con amorosos requiebros,
y dijo: «¡Gracias a Dios,
2315 que una vez en paz os veo!»
Y esto imagino de entrambos,
aunque siempre andáis riñendo.

Sale DIANA

DIANA: Teodoro...
TEODORO: ¿Señora...?
TRISTÁN: (¿Es duende *Aparte*
esta mujer?)

2320 DIANA: Sólo vengo
 a saber cómo te hallas.
 TEODORO: ¿Ya no lo ves?
 DIANA: ¿Estás bueno?
 TEODORO: Bueno estoy.
 DIANA: ¿Y no dirás
 «A tu servicio»?
 TEODORO: No puedo
 estar mucho en tu servicio,
 2325 siendo tal el tratamiento.
 DIANA: ¡Qué poco sabes!
 TEODORO: Tan poco
 que te siento y no te entiendo,
 pues no entiendo tus palabras,
 y tus bofetones siento.
 2330 Si no te quiero te enfadas,
 y enójaste si te quiero;
 escríbesme si me olvido,
 y si me acuerdo te ofendo;
 pretendes que yo te entienda,
 2335 y si te entiendo soy necio.
 Mátame o dame la vida;
 da un medio a tantos extremos.
 DIANA: ¿Hícete sangre?
 TEODORO: Pues, ¿no?
 DIANA: ¿Adónde tienes el lienzo?
 2340 TEODORO: Aquí.
 DIANA: Muestra.
 TEODORO: ¿Para qué?
 DIANA: ¿Para qué? Esta sangre quiero.
 Habla a Otavio, a quien agora
 mandé que te diese luego
 dos mil escudos, Teodoro.
 2345 TEODORO: ¿Para qué?
 DIANA: Para hacer lienzos.

Vase

TEODORO: ¡Hay disparates iguales!
 TRISTÁN: ¿Qué encantamientos son éstos?
 TEODORO: Dos mil escudos me ha dado.
 TRISTÁN: Bien puedes tomar al precio
 2350 otros cuatro bofetones.
 TEODORO: Dice que son para lienzos,
 y llevó el mío con sangre.

TRISTÁN: Pagó la sangre, y te ha hecho
doncella por las narices.
2355 TEODORO: No anda mal agora el perro,
pues después que muerde, halaga.
TRISTÁN: Todos aquestos extremos
han de parar en el ama
del doctor.
TEODORO: ¡Quiéralo el cielo!

ACTO TERCERO

Salen FEDERICO, RICARDO y CELIO

2360 RICARDO: ¿Esto vistes?
FEDERICO: Esto vi.
RICARDO: ¿Y que le dio bofetones?
FEDERICO: El servir tiene ocasiones;
mas no lo son para mí;
que al poner una mujer
2365 de aquellas prendas la mano
al rostro de un hombre, es llano
que otra ocasión puede haber.
Y bien veis que lo acredita
el andar tan mejorado.
2370 RICARDO: Ella es mujer y él criado.
FEDERICO: Su perdición solicita.
La fábula que pintó
el filósofo moral
de las dos ollas, ¡qué igual
2375 hoy a los dos la vistió!
Era de barro la una,
la otra de cobre o hierro
que un río a los pies de un cerro
llevó con varia fortuna.
2380 Desvióse la de barro
de la de cobre, temiendo
que la quebrase: y yo entiendo
pensamiento tan bizarro
del hombre y de la mujer
2385 hierro y barro, y no me espanto,
pues acercándose tanto,
por fuerza se han de romper.
RICARDO: La altivez y bizarría
de Dána me admiró,
2390 y bien puede ser que yo
viese y no viese aquel día;

2395 mas ver caballos y pajes
 en Teodoro, y tantas galas,
 ¿qué son sino nuevas alas?
2395 Pues criados, oro y trajes
 no los tuviera Teodoro
 sin ocasión tan notable.
FEDERICO: Antes que de esto se hable
2400 en Nápoles, y el decoro
 de vuestra sangre se ofenda,
 sea o no sea verdad,
 ha de morir.

RICARDO: Y es piedad
 matarle, aunque ella lo entienda.

FEDERICO: ¿Podrá ser?

2405 RICARDO: Bien puede ser;
 que hay en Nápoles quien vive
 de eso y en oro recibe
 lo que en sangre ha de volver.

 No hay más de buscar un bravo,
 y que le despache luego.

2410 FEDERICO: Por la brevedad os ruego.

RICARDO: Hoy tendrá su justo pago
 semejante atrevimiento.

Viendo venir a TRISTÁN y otros tres

FEDERICO: ¿Son bravos éstos?

RICARDO: Sin duda.

2415 FEDERICO: El cielo ofendido ayuda
 vuestro justo pensamiento.

Salen TRISTÁN, vestido de nuevo, FURIO, ANTONILO y LIRANO

FURIO: Pagar tenéis el vino en alboroque
 del famoso vestido que os han dado.

ANTONELO: Eso bien sabe el buen Tristán que es justo.

TRISTÁN: Digo, señores, que de hacerlo gusto.

LIRANO: Bravo salió el vestido.

2420 TRISTÁN: Todo aquesto
 es cosa de chacota y zarandajas,
 respeto del lugar que tendré presto.
 Si no muda los bolos la Fortuna,
 secretario he de ser del secretario.

2425 LIRANO: Mucha merced le hace la condesa
 a vuestro amo, Tristán.

TRISTÁN: Es su privanza,

es su mano derecha, y es la puerta
por donde se entra a su favor. Dejemos
favores y fortunas, y bebamos.
2430 FURIO: En este tabernáculo sospecho
que hay lágrima famosa y malvasía.
TRISTÁN: Probemos vino greco ; que deseo
hablar en griego, y con beberlo basta.

[RICARDO habla] aparte a FEDERICO

2435 RICARDO: (Aquel moreno, del color quebrado,
me parece el más bravo, pues que todos
le estiman, hablan y hacen cortesía.)
Celio...
CELIO: ¿Señor...
RICARDO: De aquellos gentileshombres
llama al descolorido.

A TRISTÁN

2440 CELIO: ¡Ah caballero!
Antes que se entre en esa santa ermita,
el marqués, mi señor, hablarle quiere.

A sus amigos

2445 TRISTÁN: Camaradas, allí me llama un príncipe:
no puedo rehusar el ver qué manda.
Entren, y tomen siete u ocho azumbres,
y aperciban dos dedos de formache,
en tanto que me informo de su gusto.
ANTONELO: Pues despachad a prisa.
TRISTÁN: Iré volando.

Vanse FURIO, ANTONELLO y LIRANO

2450 RICARDO: ¿Qué es lo que manda vuestra señoría?
El veros entre tanta valentía
nos ha obligado al conde Federico
y a mí, para saber si seréis hombre
para matar un hombre.
TRISTÁN: (¡Vive el cielo, *Aparte*
que son los pretendientes de mi ama,
y que hay algún enredo! Fingir quiero.)
FEDERICO: ¿No respondéis?
2455 TRISTÁN: Estaba imaginando

si vuestra señoría está burlando
de nuestro modo de vivir; pues vive
el que reparte fuerzas a los hombres,
que no hay en toda Nápoles espada
que no tiemble de sólo el nombre mío.
2460 ¿No conocéis a Héctor? Pues no hay Héctor
adonde está mi furibundo brazo;
que si él lo fue de Troya, yo de Italia.
FEDERICO: Éste es, marqués, el hombre que buscamos.
2465 Por vida de los dos, que no burlamos;
sino que si tenéis conforme al nombre
el ánimo, y queréis matar a un hombre,
que os demos el dinero que quisiéredes.
TRISTÁN: Con doscientos escudos me contento,
y sea el diablo.
RICARDO: Yo os daré trescientos,
2470 y despachadle aquesta noche.
TRISTÁN: El nombre
del hombre espero y parte del dinero.
RICARDO: ¿Conocéis a Diana, la condesa
de Belflor?
TRISTÁN: Y en su casa tengo amigos.
RICARDO: ¿Mataréis un criado de su casa?
2475 TRISTÁN: Mataré los criados y criadas
y los mismos frisones de su coche.
RICARDO: Pues a Teodoro habéis de dar la muerte.
TRISTÁN: Eso ha de ser, señores, de otra suerte,
2480 porque Teodoro, como yo he sabido,
no sale ya de noche, temeroso
por ventura de haberos ofendido;
que le sirva estos días me ha pedido.
dejádmele servir, y yo os ofrezco
2485 de darle alguna noche dos mojas,
con que el pobrete «**in pace requiescat**»,
y yo quede seguro y sin sospecha.
¿Es algo lo que digo?
FEDERICO: No pudiera
2490 hallarse en toda Nápoles un hombre
que tan seguramente le matara.
Servidle, pues, y así al descuido un día
pegadle, y acudid a nuestra casa.
TRISTÁN: Yo he menester agora cien escudos.
RICARDO: Cincuenta tengo en esta bolsa; luego
que yo os vea en su casa de Diana,
2495 os ofrezco los ciento, y muchos cientos.
TRISTÁN: Eso de muchos cientos no me agrada.

2500 Vayan vuseñorías en buen hora;
que me aguardan Mastranzo, Rompemuros,
Mano de Hierro, Arfuz y Espantadiablos;
y no quiero que acaso piensen algo.
RICARDO: Decís muy bien. Adiós.
FEDERICO: ¡Qué gran ventura!
RICARDO: A Teodoro contadle por difunto.
FEDERICO: El bellacón, ¡qué bravo talle tiene!

Vanse FEDERICO, RICARDO y CELIO

2505 TRISTÁN: Avisar a Teodoro me conviene.
Perdone el vino greco y los amigos.
A casa voy; que está de aquí muy lejos.
Mas éste me parece que es Teodoro.

Sale TEODORO

TRISTÁN: Señor, ¿adónde vas?
TEODORO: Lo mismo ignoro

2510 porque de suerte estoy, Tristán amigo,
que no sé adónde voy ni quién me lleva.
Solo y sin alma, el pensamiento sigo,
que al sol me dice que la vista atreva.
¿Ves cuánto ayer Dñana habló conmigo?
2515 Pues hoy de aquel amor se halló tan nueva,
que apenas jurarás que me conoce,
porque Marcela de mi mal se goce.

TRISTÁN: Vuelve hacia casa; que a los dos importa
que no nos vean juntos.

TEODORO: ¿De qué suerte?

2520 TRISTÁN: Por el camino te diré quién corta
los pasos dirigidos a tu muerte.

TEODORO: ¡Mi muerte! Pues, ¿por qué?

TRISTÁN: La voz reporta,
y la ocasión de tu remedio advierte.
Ricardo y Federico me han hablado,
y que te dé la muerte concertado.

2525 TEODORO: ¿Ellos a mí?

TRISTÁN: Por ciertos bofetones
el amor de tu dueño conjeturan,
y pensando que soy de los leones
que a tales homicidios se aventuran,
tu vida me han trocado a cien doblones,
2530 y con cincuenta escudos me aseguran.

Yo dije que un amigo me pedía
que te sirviese, y que hoy te serviría,
donde más fácilmente te matase,
a efecto de guardarte de esta suerte.

2535 TEODORO:

¡Pluguiera a Dios que alguno me quitase
la vida, y me sacase de esta muerte!

TRISTÁN:

¿Tan loco estás?

TEODORO:

¿No quieres que me abraze
por tan dulce ocasión? Tristán, advierte
que si Dïana algún camino hallara
de disculpa, conmigo se casara.

2540

Teme su honor, y cuando más se abrasa,
se hiela y me desprecia.

TRISTÁN:

Si te diese
remedio, ¿qué dirás?

TEODORO:

Que a ti se pasa
de Ulises el espíritu.

TRISTÁN:

Si fuese
tan ingenioso, que a tu misma casa
un generoso padre te trajese,
con que fueses igual a la condesa,
¿no saldrías, señor, con esta empresa?

2545

TEODORO:

Eso es sin duda.

TRISTÁN:

El conde Ludovico
caballero ya viejo, habrá veinte años
que enviaba a Malta un hijo de tu nombre,
que era sobrino de su gran maestro.
Cautiváronle moros de Biserta,
y nunca supo de él, muerto ni vivo.
Éste ha de ser tu padre, y tú su hijo,
y yo lo he de trazar.

2550

2555

TEODORO:

Tristán, advierte
que puedes levantar alguna cosa
que nos cueste a los dos la honra y vida.

TRISTÁN:

A casa hemos llegado. A Dios te queda;
que tú serás marido de Dïana
antes que den las doce de mañana.

2560

Vase

TEODORO:

Bien al contrario pienso yo dar medio
a tanto mal, pues el Amor bien sabe
que no tiene enemigo que le acabe
con más facilidad que tierra en medio.

2565

Tierra quiero poner, pues que remedio,

2570 con ausentarme, Amor, rigor tan grave,
pues no hay rayo tan fuerte que se alabe
que entró en la tierra, de tu ardor remedio.

Todos los que llegaron a este punto,
poniendo tierra en medio le olvidaron;
que en tierra al fin le resolvieron junto.

2575 Y la razón que de olvidar hallaron
es que Amor se confiesa por difunto,
pues que con tierra en medio le enterraron.

Sale DIANA

DIANA: ¿Estás ya mejorado
de tus tristezas, Teodoro?

2580 TEODORO: Si en mis tristezas adoro,
sabré estimar mi cuidado.

No quiero yo mejorar
de la enfermedad que tengo,
pues sólo a estar triste vengo
cuando imagino sanar.

2585 ¡Bien hayan males que son
tan dulces para sufrir
que se ve un hombre morir
y estima su perdición!

2590 Sólo me pesa que ya
esté mi mal en estado,
que he de alejar mi cuidado
de donde su dueño está.

DIANA: ¡Ausentarte! Pues, ¿por qué?

TEODORO: Quiérenme matar.

2595 DIANA: Sí, harán.
TEODORO: Envidia a mi mal tendrán
que bien al principio fue.

Con esta ocasión, te pido
licencia para irme a España.

2600 DIANA: Será generosa hazaña
de un hombre tan entendido;
que con esto quitarás
la ocasión de tus enojos,
y aunque des agua a mi ojos,
honra a mi casa darás.

2605 que desde aquel bofetón
Federico me ha tratado
como celoso, y me ha dado
para dejarte ocasión.

Vete a España; que yo haré

no me pidas que te dé.
Pero vete; que el Amor
lucha con mi noble honor,
y vienes tú a ser traspíe.

2645 Vete, Teodoro, de aquí;
no te pidas, aunque puedas;
que yo sé que si te quedas,
allá me llevas a mí.

TEODORO:
2650 Quede vuestra señoría
con Dios.

Vase

DIANA:
¡Maldita ella sea,
pues me quita que yo sea
de quien el alma quería!
¡Buena quedo yo, sin quien
era luz de aquestos ojos!
2655 Pero sientan sus enojos:
quien mira mal, llore bien;
ojos, pues os habéis puesto
en cosa tan desigual,
2660 pagad el mirar tan mal;
que no soy la culpa de esto;
mas no lloren; que también
tiempla el mal llorar los ojos;
pero sientan sus enojos.
2665 Quien mira mal, llore bien;
aunque tendrán ya pensada
la disculpa para todo;
que el sol los pone en el lodo,
y no se le pega nada.
2670 Luego bien es que no den
en llorar. Cesas, mis ojos.
Pero sientan sus enojos.
Quien mira mal, llore bien.

Sale MARCELA

MARCELA:
2675 Si puede la confianza
de los años de servirte
humildemente pedirte
lo que justamente alcanza,
a la mano te ha venido
la ocasión de mi remedio,
y poniendo tierra en medio,

2680 no verme si te he ofendido.
 DIANA: ¿De tu remedio, Marcela?
 ¿Cuál ocasión? Que aquí estoy.

MARCELA: Dicen que se parte hoy,
 por peligros que recela,

2585 Teodoro a España, y con él
 puedes, casada, enviarme,
 pues no verme es remediarme.
 DIANA: ¿Sabes tú que querrá él?

MARCELA: Pues, ¿pidiérate yo a ti
 2690 sin tener satisfacción,
 remedio en esta ocasión?
 DIANA: ¿Hasle hablado?

MARCELA. Y él a mí,
 pidiéndome lo que digo.

DIANA: (¡Qué a propósito me viene
 2695 esta desdicha!) *Aparte*

MARCELA: Ya tiene
 tratado aquesto conmigo,
 y el modo con que podemos
 ir con más comodidad.

DIANA: (¡Ay necio honor!, perdonad;
 2700 que Amor quiere hacer extremos. *Aparte*
 Pero no será razón
 pues que podéis remediar
 fácilmente este pesar.)

MARCELA: ¿No tomas resolución?

2705 DIANA: No podré vivir sin ti,
 Marcela, y haces agravio
 a mi amor, y aun al de Fabio,
 que sé yo que adora en ti.
 Yo te casaré con él;

2710 deja partir a Teodoro.
 MARCELA: A Fabio aborrezco; adoro
 a Teodoro.

DIANA: (¡Qué crüel
Aparte
 ocasión de declararme!
 Mas teneos, loco Amor.)

2715 FABIO: te estará mejor.
 MARCELA: Señora...

DIANA: No hay replicarme.

Vase

MARCELA: ¿Qué intentan imposibles mis sentidos,
 contra tanto poder determinados?

2720 Que celos poderosos declarados
harán un desatino, resistidos.
Volved, volved atrás, pasos perdidos,
que corréis a mi fin precipitados;
árboles son amores desdichados,
a quien el hielo marchitó floridos.
2725 Alegraron el alma las colores
que el tirano poder cubrió de luto;
que hiela ajeno amor muchos amores.
Y cuando de esperar daba tributo,
¿qué importa la hermosura de las flores,
2730 si se perdieron esperando el fruto?

Vase. Sale el conde LUDOVICO y CAMILO

CAMILO: Para tener sucesión,
no te queda otro remedio.
LUDOVICO: Hay muchos años en medio,
que mi enemigos son,
2735 y aunque tiene esa disculpa
el casarse en la vejez,
quiere el temor ser jüez,
y ha de averiguar la culpa.
Y podría suceder
2740 que sucesión no alcanzase,
y casado me quedase;
y en un viejo una mujer
es en un olmo una hiedra,
que aunque con tan varios lazos
2745 la cubre de sus abrazos,
él se seca y ella medra.
Y tratarme casamientos
es traerme a la memoria,
Camilo, mi antigua historia
y renovar mis tormentos.
2750 Esperando cada día
con engaños a Teodoro
veinte años ha que le lloro.

Sale un PAJE

PAJE: Aquí a vuestra señoría
busca un griego mercader.
2755 LUDOVICO: Di que entre.

LUDOVICO:	Amigo, espera, espera; que me traspasas las entrañas.	
TRISTÁN:	(¡Qué bien entra!)	<i>Aparte</i>
LUDOVICO:	¿Dijo cómo se llamaba?	
TRISTÁN:	Teodoro.	
LUDOVICO:	¡Ay cielo! ¡Qué fuerza tiene la verdad de oírte! Lágrimas mis canas riegan.	
2800		
TRISTÁN:	Serpalitonia, mi hermana, y este mozo--¡nunca fuera tan bello!--con la ocasión de la crianza, que engendra el amor que todos saben, se amaron desde la tierna edad; y a dieciséis años, de mi padre en cierta ausencia, ejecutaron su amor, y creció de suerte en ella, que se le echaba de ver, con cuyo temor se ausenta Teodoro, y para parir a Serpalitonia deja. Catiborrato, mi padre, no sintió tanto la ofensa como el dejarle Teodoro. Murió en efeto de pena, y bautizamos su hijo; que aquella parte de Armenia tiene vuestra misma ley, aunque es diferente iglesia. Llamamos al bello niño Terimaconio, que queda un bello rapaz agora en la ciudad de Tepecas. Andando en Nápoles yo mirando cosas diversas, saqué un papel en que traje de este Teodoro las señas, y preguntando por él me dijo una esclava griega que en mi posada servía: «¿Cosa que ese mozo sea el del conde Ludovico?» Dióme el alma una luz nueva, y doy en que os he de hablar;	
2805		
2810		
2815		
2820		
2825		
2830		
2835		

2840 y por entrar en la vuestra,
entro, según me dijeron,
en casa de la condesa
de Belflor, y al primer hombre
que pregunto...

LUDOVICO: Ya me tiembla
el alma.

TRISTÁN: ...veo a Teodoro.

2845 LUDOVICO: ¡A Teodoro!

TRISTÁN: Bien quisiera
hüirse; pero no pudo;
dudé un poco, y era fuerza,
porque el estar ya barbado
tiene alguna diferencia.

2850 Fui tras él, asíle en fin,
hablóme, aunque con vergüenza,
y dijo que no dijese
a nadie en casa quién era,
porque el haber sido esclavo

2855 no diese alguna sospecha.
Díjele: «Si yo he sabido
que eres hijo en esta tierra
de un título, ¿por qué tienes
la esclavitud por bajeza?»

2860 Hizo gran burla de mí;
y yo, por ver si concuerda
tu historia con la que digo,
vine a verte, y a que tengas,
si es verdad que éste es tu hijo,

2865 con tu nieto alguna cuenta;
o permitas que mi hermana
con él a Nápoles venga,
no para tratar casarse,
aunque le sobra nobleza;

2870 mas porque Terimaconio
tan ilustre abuelo vea.

LUDOVICO: Dame mil veces tus brazos:
que el alma con sus potencias
que es verdadera tu historia
en su regocijo muestran.

2875 ¡Ay, hijo del alma mía
tras tantos años de ausencia
hallado para mi bien!

2880 Camilo, ¿qué me aconsejas?
¿Iré a verle y conocerle?
¿Eso dudas? Parte, vuela,

CAMILO:

2885 LUDOVICO: y añade vida en tus brazos
a los años de tus penas.
Amigo, si quieres ir
conmigo, será más cierta
mi dicha; si descansar,
aquí aguardando te queda;
y dente por tanto bien
2890 toda mi casa y hacienda;
que no puedo detenerme.
TRISTÁN: Yo dejé, puesto que cerca,
ciertos diamantes que traigo,
y volveré cuando vuelvas.
Vamos de aquí, Mercaponios.
2895 FURIO: Vamos, señor.
TRISTÁN: **Bien se entrecas
el engaño.**
FURIO: **Muy bonis.**
TRISTÁN: **Andemis.**

Vanse TRISTÁN y FURIO

CAMILO: ¡Extraña lengua!
LUDOVICO: Vente, Camilo, tras mí.

*Vanse. Sale TRISTÁN, en el portal de una casa, cuya
puerta está cerrada; FURIO está delante de la puerta*

TRISTÁN: ¿Trasponen?
2900 FURIO: El viejo vuela,
sin aguardar coche o gente.
TRISTÁN: ¿Cosa que esto verdad sea,
y que éste fuese Teodoro?
FURIO: ¿Mas si en mentira como ésta
hubiese alguna verdad?
2905 TRISTÁN: Estas almalafas lleva;
que me importa desnudarme,
porque ninguno me vea
de los que aquí me conocen.
FURIO: Desnuda presto.
2910 TRISTÁN: ¡Que pueda
esto el amor de los hijos!
FURIO: ¿Adónde te aguardo?
TRISTÁN: Espera,
Furio, en la choza del olmo.
FURIO: Adiós.

Vase

TRISTÁN:
2915 ¡Qué tesoro llega
 al ingenio! Aquí debajo
 traigo la capa revuelta,
 que como medio sotana
 me la puse, porque hubiera
2920 más lugar en el peligro
 de dejar en una puerta,
 con el armenio turbante,
 las hopalandas gregüescas.

Salen RICARDO y FEDERICO

FEDERICO: Digo que es éste el matador valiente
 que a Teodoro ha de dar muerte segura.
RICARDO: ¡Ah hidalgo!, ¿ansí se cumple entre la gente
2925 que honor profesa y que opinión procura,
 lo que se prometió tan fácilmente?
TRISTÁN: Señor...
FEDERICO: ¿Somos nosotros por ventura
 de los iguales vuestros?
TRISTÁN: Sin oírme,
2930 no es justo que mi culpa se confirme.
 Yo estoy sirviendo al mísero Teodoro,
 que ha de morir por esta mano airada;
 pero puede ofender vuestro decoro
 públicamente ensangrentar mi espada.
2935 Es la prudencia un celestial tesoro,
 y fue de los antiguos celebrada
 por única virtud. Estén muy ciertos
 que le pueden contar entre los muertos.
 Estáse melancólico de día,
2940 y de noche cerrado en su aposento;
 que alguna cuidadosa fantasía
 le debe de ocupar el pensamiento.
 Déjenme a mí; que una mojada fría
 pondrá silencio a su vital aliento;
2945 y no se precipiten de esa suerte;
 que yo sé cuándo le he de dar la muerte.
FEDERICO: Paréceme, marqués, que el hombre acierta.
 Ya que le sirve, ha comenzado el caso.
 No dudéis, matarále.
RICARDO: Cosa es cierta.
 Por muerto le contad.
FEDERICO: Hablemos paso.

2950 TRISTÁN: En tanto que esta muerte se conierta,
vuseñorías, ¿no tendrán acaso
cincuenta escudos? Que comprar querría
un rocín, que volase el mismo día.

2955 RICARDO: Aquí los tengo yo. Tomad, seguro
de que, en saliendo con aquesta empresa,
lo menos es pagaros.

TRISTÁN: Yo aventuro
la vida, que servir buenos profesa.
Con esto, adiós; que no me vean, procuro,
hablar desde el balcón de la condesa
con vuestras señorías.

2960 FEDERICO: Sois discreto.
TRISTÁN: Ya lo verán al tiempo del efeto.

Vase

FEDERICO: Bravo es el hombre.
RICARDO: Astuto y ingenioso
FEDERICO: ¡Qué bien le ha de matar!
RICARDO: Notablemente.

Sale CELIO

2965 CELIO: ¿Hay caso más extraño y fabuloso?
FEDERICO: ¿Qué es esto, Celio? ¿Dónde vas? Detente.]
CELIO: Un suceso notable y riguroso

para los dos. ¿No veis aquella gente
que entra en casa del conde Ludovico?
¿Es muerto?

2970 RICARDO: Que me escuches te suplico.

A darle van el parabién contentos
de haber hallado un hijo que ha perdido.
RICARDO: Pues, ¿qué puede ofender nuestros intentos,
que le haya esa ventura sucedido?

2975 CELIO: ¿No importa a los secretos pensamientos
que con Dñana habéis los dos tenido,
que sea aquel Teodoro, su criado,
hijo del conde?

FEDERICO: El alma me has turbado.

RICARDO: ¿Hijo del conde? Pues, ¿de qué manera
se ha venido a saber?

2980 CELIO: Es larga historia,
y cuéntanla tan varia, que no hubiera
para tomarla tiempo ni memoria.

FEDERICO: ¡A quién mayor desdicha sucediera!

RICARDO: Trocóse en pena mi esperada gloria.
FEDERICO: Yo quiero ver lo que es.
RICARDO: Yo, conde, os sigo.
2985 CELIO: Presto veréis que la verdad os digo.

Vanse. Salen TEODORO, de camino y MARCELA

MARCELA: En fin, Teodoro, ¿te vas?
TEODORO: Tú eres causa de esta ausencia;
que en desigual competencia
no resulta bien jamás.
2990 MARCELA: Disculpas tan falsas das
como tu engaño lo ha sido;
porque haberme aborrecido
y haber amado a Dñana
lleva tu esperanza vana
2995 sólo a procurar su olvido.
TEODORO: ¿Yo a Dñana?
MARCELA: Niegas tarde,
Teodoro, el loco deseo
con que perdido te veo
de atrevido y de cobarde:
3000 cobarde en que ella se guarde
el respeto que se debe;
y atrevido, pues se atreve
tu bajeza a su valor;
3005 que entre el honor y el amor
hay muchos montes de nieve.
Vengada quedo de ti,
aunque quedo enamorada,
porque olvidaré vengada;
que el amor olvida así.
3010 Si te acordares de mí
imagina que te olvido
porque me quieras; que ha sido
siempre error que suele hacer
que vuelva un hombre a querer,
3015 pensar que es aborrecido.
TEODORO: ¡Qué de quimeras tan locas,
para casarte con Fabio!
MARCELA: Tú me casas; que al agravio
de tu desdén me provocas.

Sale FABIO

3020 FABIO: Siendo las horas tan pocas

3025 TEODORO: que aquí Teodoro ha de estar,
bien haces, Marcela, en dar
ese descanso a tus ojos.
No te den celos enojos
que han de pasar tanto mar.

FABIO: En fin, ¿te vas?
TEODORO: ¿No lo ves?
FABIO: Mi señora viene a verte.

Salen DIANA, DOROTEA y ANARDA

3030 DIANA: ¿Ya, Teodoro, de esta suerte?
TEODORO: Alas quisiera en los pies,
cuanto más, señora, espuelas.
DIANA: ¡Hola! ¿Está esa ropa a punto?
ANARDA: Todo está aprestado y junto.

[FABIO y MARCELA hablan aparte]

FABIO: (En fin, ¿se va?
MARCELA: ¿Y tú me celas!)

[DIANA habla] a TEODORO

3035 DIANA: Oye aquí aparte.
TEODORO: Aquí estoy
a tu servicio.
DIANA: Teodoro,
tú te partes, yo te adoro.
TEODORO: Por tus crueldades me voy.
DIANA: Soy quien sabes; ¿qué he de hacer?
TEODORO: ¿Lloras?
DIANA: No; que me ha caído
3040 algo en los ojos.
TEODORO: ¿Si ha sido
amor?
DIANA: Sí debe de ser;
pero mucho antes cayó,
y agora salir querría.
TEODORO: Yo me voy, señora mía;
3045 yo me voy, el alma no.
Sin ella tengo de ir;
no hago al serviros falta,
porque hermosura tan alta
con almas se ha de servir.

3050 ¿Qué me mandáis? Porque yo
soy vuestro.
DIANA: ¡Qué triste día!
TEODORO: Yo me voy, señora mía;
yo me voy, el alma no.
DIANA: ¿Lloras?
TEODORO: No; que me ha caído
3055 algo, como a ti, en los ojos.
DIANA: Deben de ser mis enojos.
TEODORO: Eso debe de haber sido.
DIANA: Mil niñerías te he dado,
3060 que en un baúl hallarás;
perdona, no pude más.
Si le abrieres, ten cuidado
de decir, como a despojos
de vitoria tan tirana,
«Aquéstos puso Diana
3065 con lágrimas de sus ojos.»

[Hablan aparte ANARDA y DOROTEA]

ANARDA: (Perdidos los dos están.
DOROTEA: ¡Qué mal se encubre el amor!
ANARDA: Quedarse fuera mejor.
Manos y prendas se dan.
3070 DOROTEA: Diana ha venido a ser
el perro del hortelano.
ANARDA: Tarde le toma la mano.
DOROTEA: O coma o deje comer.)

Salen LUDOVICO y CAMILO

LUDOVICO: Bien puede el regocijo dar licencia,
3075 Diana ilustre, a un hombre de mis años
para entrar de esta suerte a visitaros.
DIANA: Señor conde, ¿qué es esto?
LUDOVICO: Pues, ¿vos sola
no sabéis lo que sabe toda Nápoles?
3080 Que en un instante que llegó la nueva,
apenas me han dejado por las calles,
ni he podido llegar a ver mi hijo.
DIANA: ¿Qué hijo? Que no te entiendo el regocijo.
LUDOVICO: ¿Nunca vuseñoría de mi historia
3085 ha tenido noticia, y que ha veinte años
que enviaba un niño a Malta con su tío,
y que le cautivaron las galeras

de Alí Bajá?

DIANA: Sospecho que me han dicho
ese suceso vuestro.

3090 LUDOVICO: Pues el cielo
me ha dado a conocer el hijo mío
después de mil fortunas que ha pasado.

DIANA: Con justa causa, conde, me habéis dado
tan buena nueva.

3095 LUDOVICO: Vos, señora mía,
me habéis de dar, en cambio de la nueva,
el hijo mío, que sirviéndoos vive,
bien descuidado de que soy su padre.

¡Ay, si viviera su difunta madre!

DIANA: ¿Vuestro hijo me sirve? ¿Es Fabio acaso?

LUDOVICO: No, señora, no es Fabio, que es Teodoro.

DIANA: ¡Teodoro!

LUDOVICO: Sí, señora.

TEODORO: ¿Cómo es esto?

3100 DIANA: Habla, Teodoro, si es tu padre el conde.

LUDOVICO: Luego, ¿es aquéste?

TEODORO: Señor conde, advierta
vuseñoría...

LUDOVICO: No hay qué advertir, hijo,
hijo de mis entrañas, sino sólo
el morir en tus brazos.

DIANA: ¡Caso extraño!

3105 ANARDA: ¡Ay señora! ¿Teodoro es caballero
tan principal y de tan alto estado?

TEODORO: Señor, yo estoy sin alma, de turbado.
¿Hijo soy vuestro?

3110 LUDOVICO: Cuando no tuviera
tanta seguridad, el verte fuera
de todas la mayor. ¡Qué parecido
a cuando mozo fui!

TEODORO: Los pies te pido,
y te suplico...

3115 LUDOVICO: No me digas nada;
que estoy fuera de mí. ¡Qué gallardía!
Dios te bendiga. ¡Qué real presencia!
¡Qué bien que te escribió naturaleza
en la cara, Teodoro, la nobleza!

3120 Vamos de aquí; ven luego, luego toma
posesión de mi casa y de mi hacienda;
ven a ver esas puertas coronadas
de las armas más nobles de este reino.

TEODORO: Señor, yo estaba de partida a España,

[DOROTEA habla] aparte a ANARDA

DOROTEA: (¿Qué te parece?
ANARDA: Que ya
3155 mi ama no querrá ser
el perro del hortelano.
DOROTEA: ¿Comerá ya?
ANARDA: Pues, ¿no es llano?
DOROTEA: Pues reviente de comer.)

Vanse MARCELA, FABIO, DOROTEA y ANARDA

DIANA: ¿No te vas a España?
TEODORO: ¿Yo?
3160 DIANA: ¿No dice vuseñoría,
«Yo me voy, señora mía,
yo me voy, el alma no»?
TEODORO: ¿Burlas de ver los favores
de la Fortuna?
DIANA: Haz extremos.
3165 TEODORO: Con igualdad nos tratemos,
como suelen los señores,
pues todos lo somos ya.
DIANA: Otro me pareces.
TEODORO: Creo
3170 que estás con menos deseo:
pena el ser tu igual te da.
Quisiérasme tu criado,
porque es costumbre de Amor
querer que sea inferior
lo amado.
DIANA: Estás engañado;
3175 porque agora serás mío,
y esta noche he de casarme
contigo.
TEODORO: No hay más que darme:
Fortuna, tente.
DIANA: Confío
3180 que no ha de haber en el mundo
tan venturosa mujer.
Vete a vestir.
TEODORO: Iré a ver
el mayorazgo que hoy fundo,
y este padre que me hallé
sin saber cómo o por dónde.
3185 DIANA: Pues adiós mi señor conde.

TEODORO: Adiós, condesa.

DIANA: Oye.

¿Qué?

DIANA: ¡Qué! Pues, ¿cómo? ¿A su señora
así responde un criado?

3190 TEODORO: Está ya el juego trocado,
y soy yo el señor agora.

DIANA: Sepa que no me ha de dar
más celitos con Marcela,
aunque este golpe le duela.

3195 TEODORO: No nos solemos bajar
los señores a querer
las criadas.

DIANA: Tenga cuenta
con lo que dice.

TEODORO: Es afrenta.

DIANA: Pues, ¿quién soy yo?

TEODORO: Mi mujer.

Vase

3200 DIANA: No hay más que desear; tente, Fortuna,
como dijo Teodoro, tente, tente.

Salen FEDERICO y RICARDO

RICARDO: En tantos regocijos y alborotos,
¿no se da parte a los amigos?

DIANA: Tanta
cuanta vuseñorías me pidieren.

3205 FEDERICO: De ser tan gran señor vuestro criado
os las pedimos.

DIANA: Yo pensé, señores,
que las pedís con que licencia os pido,
de ser Teodoro conde y mi marido.

Vase

RICARDO: ¿Qué os parece de aquesto?

FEDERICO: Estoy sin seso.

RICARDO: ¡Oh, si le hubiera muerto este picaño!

3210 FEDERICO: Veisle, aquí viene.

Sale TRISTÁN

TRISTÁN: (Todo está en su punto.

Aparte

¡Brava cosa! ¡Que pueda un lacaífero
 ingenio alborotar a toda Nápoles!)
 RICARDO: Tente, Tristán, o como te apellidas.
 TRISTÁN: Mi nombre natural es «Quita-vidas».
 3215 FEDERICO: ¡Bien se ha echado de ver!
 TRISTÁN: Hecho estuviera,
 a no ser conde de hoy acá este muerto.
 RICARDO: Pues, ¿eso importa?
 TRISTÁN: Al tiempo que el concierto
 hice por los treientos solamente,
 3220 era para matar, como fue llano,
 un Teodoro criado, mas no conde.
 Teodoro conde es cosa diferente,
 y es menester que el galardón se aumente;
 que más costa tendrá matar un conde
 3225 que cuatro o seis criados, que están muertos,
 unos de hambre y otros de esperanzas,
 y no pocos de envidia.
 FEDERICO: ¿Cuánto quieres?
 ¡Y mátales esta noche!
 TRISTÁN: Mil escudos.
 RICARDO: Yo los prometo.
 TRISTÁN: Alguna señal quiero.
 RICARDO: Esta cadena.
 TRISTÁN: Cuenten el dinero.
 3230 FEDERICO: Yo voy a prevenirlo.
 TRISTÁN: Yo a matalle.
 ¿Oyen?
 RICARDO: ¿Qué? ¿Quieres más?
 TRISTÁN: Todo hombre calle.

Vanse RICARDO y FEDERICO. Sale TEODORO

TEODORO: Desde aquí te he visto hablar
 con aquellos matadores.
 TRISTÁN: Los dos necios son mayores
 3235 que tiene tan gran lugar.
 Esta cadena me han dado,
 mil escudos prometido
 porque hoy te mate.
 TEODORO: ¿Qué ha sido
 esto que tienes trazado?
 3240 Que estoy temblando, Tristán.
 TRISTÁN: Si me vieras hablar griego,
 me dieras, Teodoro, luego
 más que estos locos me dan.

3245 ¡Por vida mía, que es cosa
fácil el gregüecizar!
Ello en fin no es más de hablar;
mas era cosa donosa

3250 los nombres que les decía:
Azteclias, Catiborratos,
Serpalitonia, Xipatos,
Atecas, Filimocla....

3255 TEODORO: Que esto debe de ser griego,
como ninguno lo entiende,
y en fin, por griego se vende.
A mil pensamientos llego
que me causan gran tristeza,
pues si se sabe este engaño,
no hay que esperar menos daño
que cortarme la cabeza.

3260 TRISTÁN: ¿Agora sales con eso?
TEODORO: Demonio debes de ser.
TRISTÁN: Deja la suerte correr,
y espera el fin del suceso.

3265 TEODORO: La condesa viene aquí.
TRISTÁN: Yo me escondo; no me vea.

Ocúltase. Sale DIANA

DIANA: ¿No eres ido a ver tu padre,
Teodoro?

3270 TEODORO: Una grave pena
me detiene; y finalmente
vuelvo a pedirte licencia
para proseguir mi intento
de ir a España.

DIANA: Si Marcela
te ha vuelto a tocar el alma,
muy justa disculpa es ésa.

TEODORO: ¿Yo Marcela?

3275 DIANA: Pues, ¿qué tienes?
TEODORO: No es cosa para ponerla
desde mi boca a tu oído.

DIANA: Habla, Teodoro, aunque sea
mil veces contra mi honor.

3280 TEODORO: Tristán, a quien hoy pudiera
hacer el Engaño estatuas,
la Industria versos, y Creta
rendir laberintos, viendo

3285 mi amor, mi eterna tristeza,
sabiendo que Ludovico
perdió un hijo, esta quimera
ha levantado conmigo,
que soy hijo de la tierra
y no he conocido padre
3290 más que mi ingenio, mis letras
y mi pluma. El conde cree
que lo soy; y aunque pudiera
ser tu marido, y tener
tanta dicha y tal grandeza,
mi nobleza natural
3295 que te engañe no me deja,
porque soy naturalmente
hombre que verdad profesa.
Con esto, para ir a España
vuelvo a pedirte licencia;
3300 que no quiero yo engañar
tu amor, tu sangre y tus prendas.
DIANA: Discreto y necio has andado:
discreto en que tu nobleza
3305 me has mostrado en declararte;
necio en pensar que lo sea
en dejarme de casar,
pues he hallado a tu bajeza
el color que yo quería;
3310 que el gusto no está en grandezas,
sino en ajustarse al alma
aquello que se desea.
Yo me he de casar contigo;
y porque Tristán no pueda
decir aqueste secreto,
3315 hoy haré que cuando duerma,
en ese pozo de casa
le sepulten.

Saliendo [TRISTÁN]

TRISTÁN: Guarda afuera.
DIANA: ¿Quién habla aquí?
TRISTÁN: ¿Quién? Tristán,
3320 que justamente se queja
de la ingratitud mayor
que de mujeres se cuenta.
Pues, ¡siendo yo vuestro gozo,
aunque nunca yo lo fuera,

3325 DIANA: en el pozo me arrojáis!
¡Qué! ¿Lo has oído?
TRISTÁN: No creas
que me pescarás el cuerpo.
DIANA: Vuelve.
TRISTÁN: ¿Que vuelva?
DIANA: Que vuelvas.

3230 Por el donaire te doy
palabra de que no tengas
mayor amiga en el mundo;
pero has de tener secreta
esta invención, pues es tuya.

TRISTÁN: Si me importa que lo sea,
¿no quieres que calle?

TEODORO: Escucha.
3235 ¿Qué gente y qué grita es ésta?

*Salen LUDOVICO, FEDERICO, RICARDO, CAMILO, FABIO,
MARCELA, ANARDA y DOROTEA*

RICARDO: Queremos acompañar
a vuestro hijo.

FEDERICO: La bella
Nápoles está esperando
que salga, junto a la puerta.

3240 LUDOVICO: Con licencia de Diana,
una carroza te espera,
Teodoro, y junta, a caballo,
de Nápoles la nobleza.
3245 Ven, hijo, a tu propia casa
tras tantos años de ausencia;
verás adonde naciste.

DIANA: Antes que salga y la vea,
quiero, conde, que sepáis
que soy su mujer.

LUDOVICO: Detenga
3250 la Fortuna, en tanto bien,
con clavo de oro la rueda.
Dos hijos saco de aquí,
si vine por uno.

FEDERICO: Llega,
Ricardo, y da el parabién.

3255 RICARDO: Darle, señores, pudiera
de la vida de Teodoro;
que celos de la condesa
me hicieron que a este cobarde

3260 diera, sin esta cadena,
por matarle mil escudos.
Haced que luego le prendan,
que es encubierto ladrón.
TEODORO: Eso no; que no profesa
ser ladrón quien a su amo
3265 defiende.
RICARDO: ¿No? Pues, ¿quién era
este valiente fingido?
TEODORO: Mi criado; y porque tenga
premio el defender mi vida,
sin otras secretas deudas,
3270 con licencia de Dñana,
le caso con Dorotea,
pues que ya su señoría
casó con Fabio a Marcela.
RICARDO: Yo doto a Marcela.
FEDERICO: Y yo
3275 a Dorotea.
LUDOVICO: Bien queda
para mí, con hijo y casa,
el dote de la condesa.
TEODORO: Con esto, senado noble,
que a nadie digáis se os ruega
3280 el secreto de Teodoro,
dando, con licencia vuestra,
del Perro del Hortelano
fin la famosa comedia.

FIN DE LA COMEDIA